
CIENCIA FICCIÓN
PLANETA de NADIE
PETER KAPRA
López Espí

PETER KAPRA

Planeta de nadie

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

PORTADA: LÓPEZ ESPÍ

Depósito Legal: B. 38296 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

«Pienso que pertenecemos a algo; que antaño la Tierra era una especie de "tierra de nadie" que otros mundos exploraron, colonizaron y se disputaron entre ellos.»

Charles H. Fort

CAPÍTULO PRIMERO

¡NO HAY CLEMENCIA!

Peter Fowler había estado hablando la víspera con aquel hombre joven y valiente, cuya defunción anunciaban los periódicos.

«Ha muerto Harry Forsman. El prestigioso paleontólogo sufrió un colapso cardíaco mientras dormía en su mansión de New Heaven. »

Peter Fowler, ayudante de Psiquiatría y Psicología, adscrito al gabinete de investigación de la Policía de Nueva York, al leer la reseña periodística, redactada, al parecer, a últimas horas de la noche por informadores soñolientos, sintió formársele un nudo en la garganta.

»—Ya me ves, Peter. Puedes examinarme, si quieres. Tú eres médico. No encontrarás ni un solo defecto en mi organismo. Tengo treinta y seis años. Estoy fuerte, ágil y sano. Y, pese a todo, sé que voy a morir pronto.

»— Estás diciendo tonterías —había sido la respuesta de Fowler—. Tendré que aguantarte aún muchos años. Como no sea en un accidente de tráfico, o por tomar alimentos intoxicados, en alguno de los lugares a los que viajas con tanta frecuencia…

»— Sé lo que digo, Peter. Mi muerte parecerá natural. Otros, como yo, han caído igual. Unos mueren de accidente; otros, por enfermedad. Y hasta lo ha habido, como Gregory Onnes, que simplemente han desaparecido sin dejar rastro.

»—Por eso te he llamado, Peter. Tú puedes hacer algo por mí.

»— Estoy a tu entera disposición, Harry. Sabes que puedes contar incondicionalmente conmigo.

»—Gracias, Peter. Con sólo que consigas interesar a tus jefes en la teoría de las civilizaciones anteriores…

»—¡Por Dios, Harry! —exclamó Peter, atajando a su antiguo amigo —. Ya hemos discutido eso suficiente número de veces. La policía no puede investigar cosas de otro mundo. Nosotros perseguimos hombres de carne y hueso, no espectros del pasado.

»— No se trata de que detengáis a nadie, Peter. Sé que eso es imposible. Pero podéis realizar una investigación completa, basada en nuestros estudios y descubrimientos.

»— ¡Será inútil!

»— ¿Y si yo te facilito las pruebas, Peter? Tengo material suficiente para quitar la venda de los ojos a más de un incrédulo. Necesitamos apoyo oficial, reconocimiento científico, ¡que alguien nos crea!

»—Vuestra teoría fue rechazada por la Academia de Ciencias.

»— ¡Lo sé, Peter! ¡Esos viejos clásicos están emperrados en no ver más allá de sus narices! ¡Pero ahora tendrán que escucharme, si es que puedo hablarles!

»—Hoy mismo, con el material que he traído de Méjico, voy a redactar un informe que tú vas a ser el primero en leer.

»—¿Dónde has estado esta vez? ¿En qué parte de Méjico?

»—En Palenque. ¿Has oído hablar del templo de Chichén Itzá? ¿No? ¡Pues allí he podido descifrar unas inscripciones, de puro estilo caldeo, que demuestran indiscutiblemente la existencia de civilizaciones anteriores… »

Harry Forsman mostró a Peter Fowler unas tablillas de barro cocido, que desenvolvió cuidadosamente de su papel de seda, una vez las sacó de la caja fuerte.

«— ¡Helo aquí, Peter! ¡Uno de los eslabones perdidos de la prehistoria! »

Peter Fowler había tenido la tablilla entre las manos. No pudo leer nada, desde luego. Carecía de los grandes conocimientos criptógrafos de su amigo.

«—Me voy a poner a trabajar inmediatamente, Peter. Y cuando lean esto, habrán de aceptar la verdad, por increíble que sea… ¡Esto es irrefutable!

»—Pero… —preguntó el joven psicólogo de la policía neoyorquina —, ¿qué es lo que dice ahí?

»—Dice dónde estaba situada Gowan, la ciudad multimilenaria, de la que partían naves espaciales con destino a lejanos mundos, situados

más allá del Sol. Y, con estos datos, nosotros encontraremos sus restos y las pruebas de que existieron civilizaciones anteriores a la nuestra.

»— Me gustaría que eso fuera cierto, Harry.

»— ¡Lo es!

* * *

Ahora, Harry Forsman estaba muerto.

Nada de lo que iba a demostrar al mundo apareció. Se supo que estuvo trabajando hasta muy tarde, escribiendo en su despacho, después de haberse marchado Peter Fowler. Su criado afgano, Ibn Kadí, le oyó gritar, después de media noche, pero cuando acudió a su lado, lo encontró tendido en el lecho, con el rostro desencajado.

Fue el afgano quien avisó a la policía. Pero el forense certificó defunción por muerte natural.

¡Y en la caja fuerte de Forsman no apareció la tablilla que Fowler tuviera entre sus manos, así como tampoco las cuartillas en las que había estado trabajando durante cuatro horas!

De todo esto se encargó Peter personalmente, acompañado de un teniente de detectives, llamado Sidney Rank, con el que registró la mansión del difunto paleontólogo.

Una semana después, el teniente Rank entraba en el despacho de Fowler y se sentaba en una butaca, con aire fatigado.

— Nada se puede hacer, Peter. El Instituto Anatómico Forense confirma el primer informe: ataque cardíaco. Y no salen de ahí. ¿Causas? ¡Ah, las ignoran! Pero esos ataques fulminantes al corazón son frecuentes en nuestra activa sociedad.

— Harry fue «recordman» universitario— señaló Peter, juntando las manos sobre su mesa—. Su corazón resistía lo indecible.

— Pero hay algo más, Peter. Nadie entró en su casa. ¿Queda esto claro? ¡N-a-d-i-e! He tenido a todo un equipo trabajando allí toda la semana. Conozco a mis hombres. La caja fuerte no fue abierta. Ninguna puerta o ventana reventada. Todo estaba cerrado. Ibn Kadí no miente, porque lo hemos sometido a la prueba del detector.

»En el laboratorio de física han estudiado la cinta de la máquina de Forsman, ¡y nada se ha escrito con ella!

— ¡Pero él estuvo escribiendo! ¡Me lo dijo él mismo y lo confirma el afgano! —exclamó Peter, creyendo haber dado con la clave del asunto.

Sidney Rank sacudió tristemente la cabeza.

— Ibn Kadí dice que su amo estaba en el despacho, pero no escribiendo a máquina. Él no oyó teclear la «Smith». No faltan cuartillas en blanco del paquete que tenía sin empezar.

»— ¡Nada! ¿Sabes lo que es nada? Y ante eso, yo me rindo.

— Comprendo tu decepción, Sid. Es desesperante. Pero Harry me dijo que iba a morir, como tantos otros que han tratado de demostrar la teoría de las civilizaciones anteriores.

»Harry descubrió algo importante. Regresó de Méjico, me llamó y creo que debió llamar a alguien más… ¿Se ha comprobado eso? ¿Algún colega, conocido o persona relacionada con la arqueología?

— No llamó a nadie, excepto a ti. Y si tú le has matado por algún procedimiento misterioso, no creo que me hayas hecho ir de cabeza toda la semana para demostrar tu inocencia.

— Si has llegado a pensar eso, es que has apurado todas las hipótesis, Sid —declaró Peter, con desaliento.

—Familiares, amigos, relaciones profesionales… Lo hemos tocado todo y el resultado ya lo ves. Hemos perdido el tiempo.

— ¿Y la tablilla, Sid? ¡Yo la tuve en las manos!

— Lo siento. Nadie pudo sacarla de la caja, excepto Forsman. Y en ella, desde luego, no está.

— ¿Qué valor tiene mi testimonio, Sid?

El teniente se rascó la cabeza.

— ¿Quieres someterte al detector? Yo te creo, Peter. Viste la tablilla. Según Forsman, hablaba de cierta antiquísima ciudad. Eso es según él. ¿Y qué?

¿Vas a divulgar que ha desaparecido el objeto hallado en el templo de Chichén Itzá, y que ésa es la causa de la muerte de un científico? ¿Quién va a creerte, si no hay modo de demostrarlo?

En aquel preciso y exacto momento, el timbre del teléfono que Peter Fowler tenía sobre la mesa sonó con fuerza, interrumpiendo la conversación.

— Perdona —dijo el psicólogo—. Sí, aquí Peter Fowler.

Sidney Rank notó que las facciones correctas del joven ayudante del gabinete de investigación psíquica y psicológica de la policía de Nueva York se distendían de modo extraño, se deformaban, palidecían y sus ojos se agrandaban de un modo increíble.

De pronto, cuando Sidney Rank se abalanzó hacia él, para sostenerle, sufrió una contracción violenta, dejó escapar el auricular, como si se hubiese convertido en algo ígneo, y cayó de costado,

derribando la silla.

Quedó en el suelo, con la boca y los ojos abiertos… ¡Estaba muerto!

Sidney tomó el auricular y gritó:

— ¡Hablen! ¡No cuelguen, por el amor de Dios! ¿Qué ha ocurrido? ¡Jones, detén esa línea!

Fue entonces cuando Sidney Rank creyó escuchar algo así como un silbido apagándose, extraño y misterioso, que le hizo soltar el auricular bruscamente.

En el acto, el oficial de policía abandonó el despacho dando fuertes gritos:

— ¡Por favor, avisen a un médico! ¡Que venga el doctor Williams en seguida!

En el revuelo que se armó dentro del gabinete, donde acudieron numerosos agentes y oficiales de policía, Sidney Rank se dirigió a la oficina de acceso, en la que había una campana de agua. Tomó un vaso de plástico, lo llenó y bebió un trago.

Luego, se encaminó al departamento de Homicidios. Fue directamente al despacho del capitán Reiner y entró sin llamar. El hombre de cierta edad que estaba dictando una carta a su secretaria, se quedó estupefacto al verle.

— ¡Rank! ¿Qué significa esto?

— Perdone, señor. Han matado al doctor Fowler, delante de mis ojos… ¡por teléfono!

El capitán Reiner brincó, y su secretaria palideció intensamente.

— ¿Qué estás diciendo, Rank?

— Le ruego que me escuche, señor. Tal vez el siguiente sea yo. Pero alguien tiene que saber todo esto. ¡Es algo increíble! ¡Yo escuché el silbido! ¡Se me pone la piel de gallina cada vez que lo recuerdo!

»Peter Fowler estaba detrás de su mesa, como usted. Hablábamos sobre la muerte de Harry Forsman. De pronto, sonó el aparato. Lo descolgó y dijo: «Sí, aquí Peter Fowler».

»Entonces se le demudó el rostro. Cambió totalmente. Jamás he visto una mueca semejante en nadie, ni siquiera en Vietnam. Soltó el auricular y se desplomó, muerto. Nadie le tocó. La muerte le llegó por el hilo telefónico en forma de silbido o algo semejante. Yo tomé el auricular y pude oír algo.

Como quien está viendo visiones, el capitán Reiner se pasó las manos por la cara. Luego, pulsó un conmutador del interfono.

— ¿Centralita? ¿Quién controla las llamadas del exterior?

— Está Jones, señor. Hace poco he hablado con él. Le pregunté si había algún recado para mí… Creo que le he hablado, desde el despacho de Fowler, pidiéndole que retuviera esa línea.

Efectivamente, Reiner confirmó lo dicho por Sidney Rank. El agente Jones aún retenía la línea, a la espera de órdenes.

— ¡Hay que localizar el teléfono desde el que se ha efectuado esa llamada! ¡Vaya usted mismo, Rank!

Sidney Rank no se movió. Parecía estar temblando al decir:

— Por favor, señor. Envíe usted a otro. Quiero informarle de todo. Presiento que algo terrible está sucediendo y deseo dejar una grabación de todo lo que sé… ¡Una amenaza mortal gravita sobre la humanidad entera! ¡Ahora estoy seguro de lo que digo!

El capitán Reiner se dejó caer lentamente en su asiento. Miró a su joven secretaria, quien se levantó, y le dijo:

— Que el teniente Brown se encargue de investigar la muerte del doctor Fowler, Grace. Que vaya alguien a localizar el origen de esa llamada… Siéntese, Rank —Reiner presionó dos pulsadores bajo su mesa y añadió—: Hable, se lo ruego. Ya está funcionando la grabadora.

* * *

— Mi padre, más que un arqueólogo, era un filósofo— dijo Myrna Onnes, arreglándose el cuello del «jack» que llevaba puesto, de color malva, y que realzaba maravillosamente su busto escultórico.

El teniente Rank había hipado al ver a la fascinante joven ante sí, cuando se abriera poco antes la puerta.

Myrna Onnes era de esas muchachas modernas, de aspecto sofisticado y artificial, que aparecían en las pantallas de T. V. con frecuencia.

Pronto, sin embargo, Sidney se convenció de que sólo tenía el aspecto, porque dentro de su adorable cabeza dorada germinaban interesantes ideas.

— Él fue de los doce firmantes del manifiesto que la Academia de Ciencias rechazó, y en el que se solidarizaba con la teoría de Herbert Steiner, sobre la teoría de las civilizaciones anteriores.

— ¿Cree usted en eso?

— Por supuesto.

— ¿Conoció a Harry Forsman?

— Sí. Y lamento su muerte.

— ¿Cómo le conoció?

— Vino algunas veces a casa.

— ¿Para hablar con su padre?

— Sí.

— ¿Cuándo le vio por última vez?

— Hace más de un año. Antes de la desaparición de mi padre.

— Su padre, si no estoy mal informado, ¿desapareció durante una expedición arqueológica en el interior del Brasil?

— Sí. Hace nueve meses.

— ¿Cree usted que vive?

— No. Sé que ha muerto.

— ¿Cómo lo sabe?

— Bueno. Mi padre conocía la verdad.

— ¿Qué verdad?

— La historia de la humanidad. ¿Quiere usted poner también su vida en peligro, teniente Rank?

— No, desde luego. Pero realizo una investigación oficial y todo cuanto pueda conducirme a esclarecer las causas de la muerte del doctor Fowler me interesa.

— ¿Fowler? Creí que investigaba usted la muerte de Harry Forsman.

— Tengo motivos para creer que se trata del mismo caso. Fowler estaba en el gabinete de psiquiatría y psicología del Departamento de Policía. Era antiguo amigo de Forsman.

— ¡Ah, entiendo!

— Harry Forsman regresó hace unos días de Méjico. Sabemos que llamó a Fowler y le confió algunos secretos, al parecer importantes, relacionados con un hallazgo arqueológico.

— ¿Y mataron al doctor Fowler por saber eso?

— Eso creemos.

— Le diré algo, teniente Rank. Forsman, como mi padre, creía en algo espantoso. Según ellos, todavía existen supervivientes de las antiguas y desaparecidas civilizaciones.

»Le he dicho que mi padre era un filósofo y trataré de demostrárselo sin lugar a dudas. Él iba mucho más allá que Steiner. Forsman y otros, también muertos como él, sostenían la hipótesis de que en tiempos remotos los hombres llegaron a poseer una cultura muy superior a la nuestra. Las ciencias eran entonces casi metafísicas, y el hombre había

logrado erradicar de este mundo, no sólo todas las enfermedades, sino incluso la muerte.

»Puede que fueran hombres procedentes de otros mundos, llegados aquí Dios sabe cómo y cuándo. Pero, como usted comprenderá, la humanidad longeva no puede existir. En pocos siglos acabaríamos comiéndonos unos a otros.

»Por esta causa, las verdaderas ciencias eran secretas. Y los poseedores de la Verdad Absoluta, cuyo poder es omnisciente, guardaron sus descubrimientos para ellos.

— ¿Y pueden vivir todavía esos seres?

— ¿Por qué no? Han ido evolucionando a través de los tiempos, cambiando de residencia, de facciones, de nacionalidad, y han intervenido en todos los hechos relevantes de la historia.

— Pero ¿no han podido cambiar el curso de los acontecimientos?

— Naturalmente que han podido. Y la historia ha sido como ellos han querido que sea. Mi padre decía que una guerra es inhumana. Pero aseguraba que era preferible una contienda entre dos países a que los fenómenos naturales hicieran desaparecer a una raza.

»En el fondo, esos seres de antaño gobiernan sin salir de las sombras en que viven. Sus conocimientos parapsicológicos les permiten influir hasta en las mentes de los gobernantes, políticos y estadistas.

»Ellos fueron los que transmitieron a los sabios los conocimientos necesarios para desintegrar el átomo, porque en la teoría de las civilizaciones anteriores, como usted sabe, el átomo ya estaba desintegrado… ¡Y mi padre descubrió en Gobi una central eléctrica con doce mil años de antigüedad!

»Por eso ha desaparecido mi padre. Por eso ha muerto Harry Forsman, y por eso han muerto todos los que firmaron el manifiesto de Herbert Steiner… ¡Los Antiguos no quieren revelar su secreto!

CAPÍTULO II

ANTES DE ADÁN

En los días que siguieron a la muerte de Peter Fowler, Sidney Rank estudió profundamente la teoría de las civilizaciones anteriores, tratando de averiguar lo que podía haber de extraño, factible o irreal en todo el asombroso asunto relacionado con el caso que le ocupaba.

Supo así que en el Museo de Paleontología de Moscú se encontraba el cráneo fósil de un bisonte prehistórico, hallado en las cercanías del río Lena, en la República Socialista autónoma de Yakutia, y que presentaba un singular orificio en la frente, producido, sin lugar a dudas, por arma de fuego.

Este extraño enigma había inquietado a los paleontólogos de todo el mundo. Se trató de explicar que algún cazador de nuestros días debió de ejercitar su puntería en dicho cráneo, pero pudo demostrarse, por el proceso de recalcificación ósea, dado que el animal sobrevivió a la experiencia, que fue herido con bala hacía nada menos que cien siglos.

Aquel insólito descubrimiento se debía al entonces director del Museo, Dr. Konstantin Fliorov, quien fue interrogado sobre el cazador prehistórico que utilizaba rifle en Siberia hacía tantos años.

«Sólo cabe admitir una explicación… ¡Los viajeros del espacio! »

Averiguó también Sidney Rank que, según ciertas investigaciones realizadas en el mar Muerto, la destrucción de Sodoma y Gomorra, relatada en la Biblia, se produjo de modo extrañamente similar a la de Hiroshima y Naghasaki, ¡por medio de explosiones atómicas!

En Baalbek, Antilíbano, un investigador soviético, Agrest, descubrió los restos ciclópeos de un astropuerto.

El teniente de detectives de la policía de Nueva York se adentró en el apasionante misterio de los famosos mapas del almirante turco Piri

Reis, cuyos hallazgos, por el ingeniero norteamericano A. H. Mallery, fueron sensacionales. Y supo que alguien, mucho antes del descubrimiento de América, tomaba fotografías aéreas del Atlántico Norte, incluidas las costas de Groenlandia, ¡antes de que fueran cubiertas, como en nuestros días, por los hielos polares!

Estudió el insondable misterio de la isla de Pascua, el enigma y la relación de las pirámides de Egipto y del imperio maya, y hasta los interesantes estudios científicos llevados a cabo por distintas comisiones mundiales con respecto a los «Objetos Volantes No Identificados».

Se enteró de que en el sótano de un museo de Bagdad hay pilas eléctricas con más de dos mil años de antigüedad, cuando a Volta, Galvani, Faraday y Foucault les faltaban aún muchos siglos para venir al mundo.

Y que el rey de Bactriana, Eutidemo II, en el año 235 antes de Jesucristo, hizo acuñar monedas de níquel, que, como sabe cualquier estudiante, fue aislado por Bergman y Arfvedson, en 1775.

Además, el Instituto de Ciencias de Pekín examino un cinturón de ornamentos aplicados, de 1. 600 años de antigüedad, y que fue hallado en la tumba del general Chu Chi, ¡cinturón que resultó estaba compuesto de un 85 % de aluminio! Y el procedimiento electrolítico para obtener este metal, extrayéndolo de la bauxita, no se descubrió hasta 1808!

En el terreno de los poderes paranormales o extrasensoriales, Sidney Rank averiguó cosas increíbles, como las experiencias del novelista Upton Sinclair, quien consiguió establecer que la mente de un sujeto telepáticamente receptivo podía captar imágenes de dibujos sobre los que ha centrado su atención otro individuo situado en otro lugar alejado del primero.

Experiencia semejante fue realizada a bordo del submarino nuclear «Nautilus», en su primera singladura bajo los hielos polares.

Conoció el portentoso «caso» de Kumari Shakuntala, de la India, cuyo cerebro matemático era más rápido que una calculadora electrónica y hasta quedó absorto en la historia de las hermanas Alida y Santina De Matteo, dos niñas de Omignano, Valle de Lucania, que realizaban actos de levitación, levantando piedras y objetos del suelo con el único dominio de sus mentes.

Rank volvió a centrarse en sus estudios arqueológicos y recordó el hallazgo del «astronauta de los frescos» de Tassili, en el Sahara, que representaba a un gigante ataviado con escafandra y antenas de radio.

La antigüedad y autenticidad del descubrimiento era innegable.

Y no tardó en enfrascarse en la lectura de las ruinas exploradas en Palenque —cuyo nombre le interesó extraordinariamente, por haber sido allí donde Harry Forsman había estado recientemente—, enterándose de que eran una serie de edificios, construidos por los mayas, sobre una superficie de más de 20 Km. [2], entre los que destacaban el palacio de Chichén Itzá, el templo de las Inscripciones, el del León, el Sol, la Cruz lobulada, etcétera.

Se sabía que estos importantes templos fueron construidos entre los años 373 y 432, después de Jesucristo, o sea más de mil años antes del descubrimiento de América.

La primera expedición a Palenque la realizó, en 1787, Antonio del Río, por orden de Carlos III, aunque de excepcional interés fue el hallazgo hecho por la expedición del arqueólogo Alberto Ruiz Lhuillier, en 1950, en el interior del templo de las Inscripciones, de una tumba real destinada a un príncipe-sacerdote.

Palenque echaba por tierra, sin ningún género de dudas, la hipótesis sostenida por los arqueólogos clásicos, de que las pirámides americanas se diferenciaban de las egipcias por el hecho de no haber sido utilizadas como sepulcros.

La leyenda, según algunos especialistas, dice que el esqueleto hallado en la tumba de piedra roja, y que tenía el rostro cubierto con una máscara de jade, pertenecía al «dios blanco» Kulkan. Pero lo más increíble era la losa que cubría el féretro, colocada en tan angosto recinto con métodos que la técnica actual no había logrado solucionar ni descubrir, y que el grabado descubierto sobre ella mostraba claramente a un individuo pilotando una nave voladora.

La lápida estaba rodeada de veinticuatro símbolos indescifrados hasta la fecha, pero muy semejantes a los descubiertos en la «Puerta del Sol», de Tiahuanaco, y un personaje central que llevaba un casco y manejaba los mandos de la nave con los pies y las manos. El motor estaba dividido en cuatro partes y el sistema de propulsión se hallaba detrás del individuo. El chorro de llamas de la parte posterior surgía de una singular tobera.

* * *

El sargento de detectives Bill Smart tenía por costumbre abrir las puertas de las casas de sus amigos, familiares y conocidos, utilizando

ganzúas y llaves maestras. Blasonaba de que jamás se le resistía una cerradura.

Sidney Rank, jefe de Smart y amigo de casi toda la vida, había cambiado más de veinte veces la cerradura de su apartamento, en el edificio «Climbert», de Queen's, donde residía.

Ello no fue impedimento para Bill Smart una vez más. Llegó ante la puerta, estuvo a punto de tocar el timbre, pero sonrió y sacó su famoso manojo de llaves falsas. Hizo cuatro silenciosas tentativas, y al quinto intento, abrió la puerta.

—¡Sid! ¿Dónde estás?

Como Rank no contestó, Bill se dirigió al despacho. Sus pasos quedaron amortiguados sobre la alfombra. Empujó la puerta del despacho y vio a Sidney, tendido en el sofá, leyendo un libro.

—¿Eh, Sid, qué estás haciendo?

El otro se sobresaltó y se incorporó.

—¡Bill! ¿Cómo has entrado? ¡Puse una cerradura de seguridad la semana pasada…! Bah, contigo es inútil! Cualquier día me daré por vencido.

—No lo hagas, Sid. Me decepcionarías. A propósito, ¿que estás haciendo en casa?

—Tengo permiso de Reiner. Investigo el caso Fowler.

—¿En todos esos libros?

Bill Smart señaló la dispersión de libros que su jefe tenía sobre la alfombra, mesa y sillas.

—Sí, la ciencia arqueológica será nuestra aliada. ¿Qué supo Brown de la llamada telefónica?

—Nada. La efectuaron desde un teléfono público, de Central Station. A la hora en que se hizo habían allí más de diez mil personas.

—¿Y no vio nadie a alguien provisto de algún aparato extraño?

— Los aparatos extraños se suelen ocultar en maletas. De ellas había más de veinte mil. Y muchas suelen entrar, con sus dueños, en las cabinas telefónicas. —Mientras hablaba, Bill Smart se despojó del sobretodo gris y del sombrero, arrojándolo todo sobre un sillón, y sentándose ante Rank—. ¿Quieres explicarme cómo se puede matar a alguien por teléfono?

— No lo sé.

— Nick Adams ha dicho que, según su criterio, Peter Fowler murió de un ataque cardíaco. Así de simple. Pudo ser debido a una impresión fuerte.

Y si en ese instante hablaba por teléfono…

— ¡Nick puede decir lo que quiera, Bill! Yo estaba presente. Y sabes que he visto morir a mucha gente en mi vida, por desgracia. No sólo en los tres años que pasé en Vietnam del Sur, sino en todos los que llevo en la policía.

— ¡Cualquiera diría que tienes cincuenta años, Sid!

— Tengo sólo treinta y dos, pero empecé a vivir muy joven. ¿Necesitas que te vuelva a contar mi vida?

— Me la has contado en todas tus borracheras.

Y ahora no veo botellas vacías por aquí. ¿Por qué te escondes?

— Estoy ante un caso que se escapa a nuestra comprensión, Bill. Es cierto. Hay cosas que no podemos comprender. ¿Tú crees en la magia, en la brujería, el vudú o en todo eso?

— No —dijo Smart, en tono tajante.

— Pues ya puedes empezar a creer. Porque, aunque todo lo que dicen esos libros no sea cierto, sí lo es más del cincuenta por ciento.

— ¿Y qué?

— Que nos encontramos ante asesinos cuyos poderes ultrasensoriales se escapan a nuestra comprensión. Y ni siquiera estoy seguro de que sean asesinos, ¡y mucho menos de que existan!

— Vamos, Sid, no divagues. Si Forsman y Fowler fueron asesinados, empleándose con ellos un procedimiento de «muerte natural», el delito existe. Y, por tanto, debe existir el delincuente.

— Tal vez un individuo que hizo de mago para algún faraón egipcio, o un oscuro sujeto, habitante de una buhardilla, en Bronx, que nació hace quince mil años y que no piensa morirse jamás.

Bill Smart sonrió, sacando a continuación un cigarro puro del bolsillo de su chaqueta.

— Estás muy bromista, Sid. Bronx no existía hace quince mil años.

— ¡Pero podía existir una población llamada Gowan, donde conocían la luz eléctrica, la televisión, la navegación espacial y hasta la desintegración atómica!

— ¿Y qué más, Sid? —preguntó Smart, socarrón.

— Muchas cosas más. Por ejemplo, ¿sabes que cuando se logre descubrir el modo de eliminar el deuterio o agua pesada que llevamos en el cuerpo, nuestras vidas pueden prolongarse algún tiempo más? No hay razón para el envejecimiento, dicen algunos biólogos. Eso a condición, naturalmente, de renunciar a los apestosos cigarros que fumas, al «whisky» y la ginebra, y a llevar una vida higiénica y sana.

Bill Smart palmoteo ligeramente.

— ¡Bravo, teniente Rank; le felicito! Eliminamos el deuterio, que debe ser muy pesado de llevar, y nos alimentamos con píldoras… Lo he leído en una revista. Vivimos ciento veinte años. Pero el gobierno, que no es tonto, nos da el retiro a los ciento diez, por lo que nuestra prestación laboral y social será de ochenta años, en lugar de treinta. ¡Muy bonito, Sid!

— Si no hablas en serio, es mejor que te largues. Tengo que seguir leyendo —replicó Rank.

— Bien. Hablemos en serio. El teniente Brown ha hecho un informe. Dice que estás loco, de los de encerrar. ¿Te interesa saberlo?

—Me importa un pito lo que diga Brown.

— El informe ha pasado a manos de Reiner.

— Me sigue teniendo sin cuidado. Y, si no recuerdo mal, Brown recibió órdenes de investigar los trabajos que realizó Harry Forsman, en Méjico.

— Lo ha hecho, aunque no personalmente. Pidió informes al jefe de policía de Tuxtala Gutiérrez, que es la capital de la provincia de Chiapas. Por aquellos contornos está Palenque, una pequeña población de siete u ocho mil habitantes.

— Yo he leído la traducción de ese informe… ¡Y qué manía tienen los mejicanos de escribir en español, con lo fácil que es el inglés!

— ¿Qué dice el informe? —apremió Sid, desoyendo la jocosa declaración del sargento de detectives.

— Poco más o menos, lo siguiente: Harry Forsman obtuvo permiso para realizar excavaciones en unas ruinas mayas próximas a la población de Palenque. Con él iban tres americanos, arqueólogos todos, y una muchacha, llamada Nancy Steiner.

— ¿Steiner? —exclamó Sid, sorprendido.

— Sí. Pero están todavía en el hotel de Palenque, esperando que aparezca Forsman, quien, nada más llegar allí, desapareció, dejándoles plantados. La policía ha averiguado que Forsman tomó un avión en Tuxtla Gutiérrez, para Ciudad de Méjico, pocos días después, o sea que no ha desaparecido, sino que se largó.

— Eso concuerda —admito Sid—. Forsman debió anticiparse a sus compañeros. Encontró la tablilla, la descifró y no quiso dar cuenta a nadie de su hallazgo regresando a New Heaven, desde donde llamó a Peter Fowler.

— Me parece que bien pudo ocurrir así. ¿Qué tablilla es ésa?

— La que mencionó Fowler. Estaba en la caja fuerte de Forsman. Pero nosotros no la encontramos. Ni siquiera las cuartillas que había estado escribiendo durante cuatro horas… ¡Y nos consta que nadie entró en su casa aquella noche, porque todo estaba cerrado!

— ¡Bah, cerraduras a mí! —exclamó Smart—. Sé de varios tipos que abren puertas y cajas de caudales mejor que yo. ¡Y ya es decir!

— Yo sospecho que todo esto posee una explicación que no es natural, Bill.

— Bueno, si tú lo crees y lo cree también el capitán Reiner, no me quedará más remedio que creerlo también. Brown, desde luego, no traga todo eso.

— Yo me ocuparé del caso, Bill. Puede ocurrirme como a Peter Fowler y a Harry Forsman. Pero sé de alguien, que también parece estar enterada de todo, y no le ha ocurrido nada.

— ¿Quién?

— Es la muchacha más linda que he visto en mi vida.

— ¡Hum! Dicho por ti, debe ser cierto. ¿Cómo se llama?

— Myrna Onnes. Su padre desapareció durante una expedición al interior del Matto Groso. Volveré a verla uno de estos días. Estoy resuelto a llegar al fin del asunto o morir de muerte natural. Pero si eso ocurre, la coincidencia será demasiado grande y nuestro departamento tomará cartas en el asunto de una manera enérgica. Hasta Brown tendrá que admitir que se puede asesinar desde el más allá.

Bill Smart se rascó, la cabeza y, tras apagar el cigarro sobre el cenicero de la mesa de trabajo de Rank, fue hasta el mueble bar, lo abrió y tomó una botella y un vaso.

— ¿Quieres un «whisky», Sid?

— No, gracias.

— Olvídate del deuterio. Creo que necesitas un trago. Nunca te he visto tan excitado. A ti te gusta la vida. Sid. Esa chica de que hablas puede hacerte feliz. ¿Por qué te complicas la vida en cosas que no entiendes?

— Empiezo a entenderlas.

— ¿Pero no dices que son del más allá?

— No debemos ser supersticiosos, Bill Estamos en 1981 y nuestros astronautas van a llegar pronto a Venus y Marte. Se descubrirá el modo de eliminar él deuterio y hasta puede que, contra toda ley oculta, se demuestre que existieron civilizaciones anteriores.

El sargento Smart bebió lentamente su copa y se acercó a su jefe y

amigo. Le miró con intensidad y luego, dijo:

— Escúchame, Sid. Voy a darte un consejo. Soy tu amigo y te aprecio. No me gustaría que el informe de Brown llegase a la Comisión Superior. Es desalentador y mancharía tu buena hoja de servicios.

«Nosotros somos policías y no adivinos o quiromantes. El Más Allá no es de este mundo. Nosotros hemos de tratar con delincuentes, no con fantasmas.

«Creo que estás perdiendo el tiempo. Admito que hay ciertas cosas raras en todo esto. Y, precisamente, esas rarezas me hacen pensar que no tocamos con los píes en el suelo.

«Soy mayor que tú, Sid, y llevo más tiempo en la policía. Si me entrasen los libros en la cabeza, podría ser capitán. Pero mi sitio está en la calle, con mis amigos, el señor Freeman, el señor Stillwer, Andy, el cartero, mis vecinos, el confitero y el dueño del «Pool's».

«Soy de Nueva York, Sid. Vivo aquí hace cincuenta años y he visto de todo, ¿sabes? ¡Pero jamás he visto que un silbido telefónico produzca la muerte a nadie!

«O es natural o no lo es. No importa. Te lo aseguro. En el primer caso, estamos perdiendo el tiempo. La gente se muere porque se ha de morir, y Peter Fowler, pese a su juventud, siguió el camino de muchos otros.

«En el segundo caso, Sid, si no es natural, déjalo. Contra lo que no se puede comprender, tampoco se puede luchar. Ése es mi consejo sincero de amigo. Tómalo o déjalo. Pero si quieres seguir hurgando, puede que dejes de ver a esa preciosa chica.

Sidney Rank tuvo la vaga sensación de que su viejo amigo le estaba advirtiendo, no por propia voluntad, ¡sino instigado por alguien, telepáticamente, por medio de la transmisión del pensamiento subconsciente!

Por esto respondió:

— Gracias, Bill. Pero seguiré adelante… ¡Hasta el fin! ¡Y mi muerte será el aldabonazo definitivo que abrirá los ojos de Brown, Reiner y hasta los tuyos, Bill!

CAPÍTULO III

CONJURA FATÍDICA

El sargento de detectives Bill Smart abandonó el apartamento de Sidney Rank y se dirigió al lugar donde había aparcado el coche. Subió a él, lo puso en marcha, con una expresión estática en el rostro, como ausente, y se dirigió hacia una estación de gasolina próxima a los «docks».

Allí salió del coche, ordenó que le llenasen el depósito y luego dijo:

— Voy a telefonear. ¿Dónde está la cabina?

— Allí, señor. Junto al bar.

Unos instantes después, Smart, encerrado en la cabina, marcaba un número local. Y lo singular era que jamás había llamado a tal número, ni siquiera sabía que existiera.

Esperó unos segundos y luego una voz extrañamente aguda, casi silbante, preguntó:

— ¿Quién llama?

— Soy el sargento Smart. Acabo de hablar con el teniente Rank. Le he transmitido su mensaje.

— Bien, sargento. ¿Cuál ha sido su respuesta?

— Negativa. Ha dicho que seguirá adelante, hasta el fin. Y que si muere, toda la policía de Nueva York comprenderá que estaba en lo cierto.

— Está bien, sargento. Gracias por su gestión. Ahora, colgará usted el teléfono y saldrá de la cabina. Piense en la palabra «Acxmat» ¡Repítala, por favor!

— «Acxmat» —repitió Smart.

— Bien. Pronúnciela cuando esté de nuevo en su coche. En ese instante, olvidará completamente esta conversación y dejará usted de

ser mi mensajero. No recordará, por ningún concepto, ni mi mensaje ni el número que ha marcado. Lo olvidará usted todo. Si no lo hace así, en su mente se producirán graves trastornos que pueden provocarle la muerte o la locura. ¿Me ha comprendido?

— Sí, perfectamente.

— Bien. Adiós y suerte. Si en otra ocasión le necesitamos, será un placer volverle a llamar.

Bill Smart colgó el auricular, salió de la cabina y caminó hacia su coche. Una vez lo puso en marcha, recordó la palabra que le habían hecho repetir. Y la pronunció:

— «Acxmat».

Inmediatamente, su semblante pareció sufrir una transformación. Sonrió, como pensando en algo, y masculló:

— ¡Diablos de Sid; no conseguirá jamás encontrar una cerradura que yo no sea capaz de abrir! Bueno, ¿dónde iba yo? ¡Ah, sí; debo ver a esa chica! ¿Cómo se llama?

Smart detuvo el coche junto a la acera, para sacar su carnet de notas. Lo hojeó hasta encontrar el nombre que buscaba.

— Aquí está… Nancy Steiner, 87, calle 42 Este. Cuarto piso. Veamos qué tiene que decirnos sobre su viaje a Méjico… ¡Condenado asunto! ¿Cómo se puede provocar la muerte de alguien por teléfono?

Quince minutos más tarde, Smart detenía su coche en un garaje, mostró su placa y dijo:

— Servicio oficial, hijo. Volveré dentro de media hora.

— Sí, sargento.

Smart subió en ascensor hasta el cuarto piso. Tocó el timbre, aunque sonrió ante la idea de utilizar sus ganzúas. Una doncella le abrió. Era bonita y rubia, de ojos grandes, pero hablaba con acento del Medio Oeste.

— ¿La señorita Steiner?

— Tiene visita en estos momentos. Pero creo que puede esperar. ¿A quién anuncio?

— Soy el sargento Bill Smart, de la Brigada de Homicidios.

— ¡Oh! Pase usted… Siéntese… La avisaré ahora mismo.

Smart entró en el elegante recibidor, adornado con extrañas figuras orientales, y se sentó. La doncella desapareció tras una puerta, pero regresó a los pocos instantes, diciendo:

— Puede usted pasar al salón, sargento. La señorita le recibirá.

— ¿No ha dicho usted que tenía una visita?

— Sí. Se trata de una amiga de, la señorita… Pase.

Bill Smart se encontró con dos hermosas mujeres, casi de la misma edad, y era imposible saber quién de ellas aventajaba a la otra en belleza. Ambas eran modernas, inteligentes, sumamente atractivas y, por supuesto, turbadoras. Smart se sintió algo cohibido, haciendo girar el sombrero entre sus manos al entrar.

Nancy Steiner se le acercó, tendiéndole la mano y sonriendo:

— Soy Nancy Steiner… Ella es Myrna Onnes, una amiga íntima.

— ¡Oh! —exclamó Smart—. Precisamente, un amigo me ha hablado de usted hace poco.

— ¿El teniente Rank? —preguntó Myrna, sonriendo.

— El mismo.

— ¿Cómo está? Esperaba volver a verle, pero no ha venido. A mí me asusta ir al Departamento de Policía. Es demasiado impresionante aquel lugar.

— Me alegro mucho de conocerla, señorita Onnes. Sid me habló de usted en términos muy elogiosos.

— ¿Quiere usted sentarse, sargento? ¿Cómo ha dicho que se llama? La doncella se ha puesto nerviosa…

— Bill Smart… Gracias. Y me alegro de verla a usted también aquí, señorita Onnes. Tal vez pueda darme algún dato referente a la investigación que estamos realizando.

— Ya he dicho todo cuanto sé de Harry Forsman. Y no le extrañe que me encuentre aquí. Nancy y yo hablamos de él.

— El jefe de policía de Tuxtla Gutiérrez nos ha remitido un informe —dijo Smart—. ¿Es cierto que el señor Forsman desapareció del hotel, donde se hospedaba con ustedes?

— Sí. Nos dejó plantados allí. Pero debí suponerlo, puesto que Harry era un impaciente. La noche en que llegamos debió darse una vuelta por las ruinas y…

— ¿Y qué? —preguntó Smart.

— Bueno. Supongo que debió encontrar algo importante. Por esto se marchó sin despedirse.

— Tenemos motivos para creer que, en efecto, descubrió dos tablillas antiguas, de barro cocido, que contenían un texto caldeo o babilónico.

— ¿Caldeo? —exclamó Myrna Onnes, asombrada—. ¿Sabe usted lo

que está diciendo, sargento Smart?

— No mucho, en verdad —confesó Smart—: Eso fue lo que dijo Peter Fowler.

— Los mayas no tuvieron ningún vínculo con los caldeos —afirmó Nancy Steiner—. Al menos, eso es lo que afirma la ciencia oficial. Mi padre opinaba de otro modo… Y también Harry Forsman.

— ¿Por tal motivo se dirigieron a Palenque?

— ¡Por eso! Nosotros siempre buscamos entre las huellas del pasado, sargento Smart —dijo Nancy—. Nos interesa todo lo que ha ocurrido en el mundo, antes y después de Adán.

Smart sonrió:

— ¿Antes de Adán?

— Es un decir. Adán es un símbolo religioso. Todos somos Adán y Eva. Dios nos hizo a su imagen y semejanza, pero nadie ha descubierto dónde nos hizo. ¿Fue aquí? ¿En Marte o en algún mundo lejano y posiblemente desaparecido?

»¿Quién puede demostrar que la humanidad no desciende de viajeros del cosmos? ¿Por qué no han podido existir civilizaciones anteriores a la nuestra, cuyos conocimientos hayan desaparecido?

Y si admitimos que los antiguos pudieron ser superiores técnicamente a nosotros, ¿por qué no creer que en esos templos antiguos existen pruebas enterradas, y todavía por descifrar, del origen de nuestros antepasados?

— En cierto modo, parece plausible —confesó Bill Smart—. Sin embargo, son muchísimos los hombres de ciencia que no están de acuerdo con la teoría de las civilizaciones.

— ¡Porque les hiere el orgullo, por pereza mental y porque también son muchísimos los que se dicen investigadores y científicos y no lo son! ¡Mi padre les llamó incompetentes, ineptos, farsantes, defraudadores…!

— ¿A los miembros de la Academia de Ciencias? —preguntó Smart.

— Sí, a todos ellos.

— ¿Y supone usted que por esa razón le han hecho desaparecer? ¿Por eso han muerto todos los que firmaron el manifiesto? ¿Cree usted que hombres como el profesor Warwick han utilizado algún método desconocido para producir la muerte a Harry Forsman?

— No, yo no digo tanto —contestó Nancy Steiner—. Jamás me atrevería a ello.

— Pero ¿lo piensa?

— ¡Nadie me prohíbe pensar lo que quiera, sargento! —contestó la

joven altivamente.

— De todas formas, lo que aquí se discute no es competencia de la policía —medió Myrna Onnes—. En el Congreso Arqueológico que debe celebrarse en Londres, el mes próximo, clásicos y modernos discutirán entre sí todas estas cuestiones. La prensa se encargará de airearlas. Pero nadie cree que un factor asesine al otro para hacer prevalecer sus teorías.

— Nosotros, en la policía, somos capaces de creer eso y mucho más. En el fondo de todas estas cuestiones siempre hay una razón de prestigio que, casi siempre, está relacionada con el interés económico.

»Bueno, no les molesto más. Por hoy es bastante… He tenido mucho gusto en conocerlas.

— El gusto ha sido mío, sargento Smart —replicó Nancy, poniéndose en pie.

— Le agradeceré que transmita mis saludos al teniente Rank —añadió Myrna.

— Lo haré con mucho gusto, señorita Onnes.

* * *

— La policía no puede averiguar nada, Chomac.

— Entonces, ¿por qué investigan lo que, sin lugar a dudas, se trata de muertes naturales?

Esta conversación la sostenían dos hombres de edad indefinida que estaban sentados ante cámaras de televisión de microondas, en distintos lugares del mundo.

Nueva York y Sudamérica estaban conectadas así por un circuito abierto, que nadie podía descubrir.

— Son circunstancias, contratiempos inevitables.

— Nosotros no podemos tener contratiempos, Kolgor. Somos demasiado perfectos para cometer errores.

— Perdona, Chomac. Pero mis errores son ínfimos. No puede nadie acusarme de incapacidad o negligencia. Es imposible estar en todas las mentes de los hombres a la vez.

»Con Harry Forsman actué sin vacilar. Las tablillas de Tset están a salvo. Fue el criado de Forsman quien trabajó para mí, inconscientemente.

»Sin embargo, descuidé a Peter Fowler. Y por ahí han venido los

contratiempos. Nada más.

— Pero sabemos que ese teniente Rank está interesado en saber más.

— Sí, es cierto. Incluso ha hecho un informe a sus superiores. Ahora tengo ciertas dudas. Si actúo contra él, se dará la alarma definitivamente. He tratado de disuadirle, por medio de un amigo suyo, el sargento Smart. Parece que no hemos tenido éxito.

»Sin embargo, he descubierto que ese Sidney Rank posee un extraordinario cerebro… Lo que nosotros llamamos un talento excepcional y nada común. Incluso he llegado a pensar en utilizarlo. Creo que hemos tenido bajas en Rusia, en China, la India y Francia.

— Cierto, Kolgor. Varios de nuestros hermanos han muerto. No hemos podido recuperar a tiempo sus cadáveres y la reavivación no se ha realizado. Cuando se reúna el Cónclave General, se habrá de estudiar la admisión de nuevos adictos. ¿Crees que ese Rank pasará las pruebas?

— Habremos de aleccionarle. Incluso podemos escudriñar su mente en el «Sondascopio». De todas formas, es bueno tener alguien en la policía de esta gran ciudad. Rank nos puede ser útil durante bastantes años. Llegaría a ser Comisionado Superior, y hasta Alcalde.

— ¿Y cuáles son sus conocimientos científicos, Kolgor?

— Técnicos, por supuesto. La policía de aquí emplea procedimientos muy interesantes, en su mayor parte de laboratorio, en su lucha contra el crimen. Sistemas analíticos, deductivos, psicológicos, métodos electrónicos de identificación y archivo mediante claves dactiloscópicas, y todo eso.

»Rank habla cinco idiomas, es audaz y valeroso. Luchó en Vietnam del Sur, en una unidad de «boinas verdes», donde alcanzó el grado de sargento.

»¡Ah, y está enamorado de la hija del profesor Gregory Onnes!.

— ¡Vaya, Kolgor; eso es interesante! Ya sabes lo que hay respecto a ella, ¿verdad?

— Sí, haga lo que haga o diga lo que diga, es inviolable.

— Éso es la orden del Regidor Supremo. Por lo tanto, si Sidney Rank está enamorado de ella, y Myrna Onnes le corresponde, él también se considera inviolable.

— A menos que el Cónclave General acuerde lo contrario, Chomac.

— Anotaremos todo eso. Sigue informándonos.

— Así lo haré. De momento, todo está bajo control.

— Esperemos que así sea, Kolgor. Adiós.

— Adiós, Chomac.

El hombre llamado Kolgor presionó un interruptor y la pantalla se apagó, cerrándose luego herméticamente dentro del muro donde estaba oculta.

Después, el sujeto, alto, delgado y algo pálido, fue a sentarse en una butaca. Tomó un vaso que allí había y bebió lentamente su contenido.

Un anillo plateado, con una piedra extraña, brillaba en el anular de su mano derecha. El hombre lo miró, sonrió y murmuró, con voz silbante.

— Debo ver a Sidney Rank ahora mismo.

Dejó el vaso sobre la mesita y se puso en pie. De pronto, su figura, sus ropas, su anillo, todo desapareció súbitamente, como si alguien hubiese realizado con él un acto de magia.

Aquel hombre apareció, en el mismo instante, gracias al mismo arte de encantamiento sobrenatural, en un rellano del edificio «Climbert» de Queen's cerca de la puerta del apartamiento del teniente de policía Sidney Rank.

Y, precisamente, poniéndose la chaqueta, Sidney salía en aquel momento. Iba a cerrar la puerta, cuando el hombre se le acercó.

— ¿Teniente Rank?

—Sí… ¿A qué debo el honor…?

— Quería hablar con usted.

— Es que me disponía a ir a la oficina. ¿Quién es usted?

— Mi nombre no importa, teniente. Sé que está usted investigando el caso de Harry Forsman y creí que podría interesarle conocer algunos detalles.

Sidney examinó al extraño individuo de pies a cabeza. Luego, le invitó a pasar.

— Entre. Hablaremos en mi despacho.

— Gracias. Es usted muy amable.

— Tengo la impresión de haber oído su voz anteriormente.

— Es cierto, teniente —confesó Kolgor, entrando en el vestíbulo y volviéndose—. Me oyó usted a través del auricular, cuando murió Peter Fowler.

— ¿Fue usted quien…? —exclamó Sidney, alterando sus facciones.

— Por favor, no se excite, teniente. No soy un asesino en el sentido que ustedes, los policías, le dan. Peter Fowler murió de muerte natural.

— ¿Qué le dijo usted por teléfono?

— Le dije, simplemente, que había llegado su hora. Yo sé cuándo

han de morir los hombres.

Rank estaba demasiado impresionado para poder articular palabra. Sólo había podido cerrar la puerta. Y miraba a su visitante como si estuviese hipnotizado.

—¿Puedo sentarme?

— Pase… al despacho… Por ahí.

— Gracias, señor Rank. He venido a proponerle algo que sólo se le ofrece a muy pocas personas, en este planeta, y que no se ha hecho más de mil veces en sesenta mil años.

»Me gustaría que aceptase usted.

— ¿Aceptar qué?

— Mi proposición. Quiero que viva usted como yo. Aunque no lo crea, cuento unos quince mil años de edad.

— ¿Qué broma es ésta?

— Sé que conoce usted la teoría de las civilizaciones anteriores. Pues bien, esa teoría es rigurosamente cierta. Y yo soy una prueba viviente de ello.

»Puede llamarme Kolgor. Pertenezco a la Hermandad de los Antiguos y somos poseedores de la Verdad Absoluta, como la poseerá usted dentro de algún tiempo.

»Nuestra Hermandad se formó en la Tierra hace sesenta mil años. Pero su origen procede de otros mundos civilizados, cuyos navegantes vinieron a establecerse aquí por aquel tiempo.

»Nosotros somos inmortales. Ése es el destino de usted, Rank. Ser inmortal. Claro que eso no quiere decir que no pueda morir algún día. Puede sufrir un accidente. A mayor vida, más probabilidad. Hay cosas que son inevitables. Nuestros hermanos trabajan en investigaciones peligrosas… La alquimia, o la química, como quiera usted llamarle, es una ciencia cuyos secretos no acaban de desentrañarse nunca. Hay retortas que estallan, y si dañan el cerebro, la razón, la memoria y el centro motor de la vida se destruye.

»Ésa es la muerte, teniente Rank. ¿Desea seguir escuchándome?

— Sí, por supuesto.

Capítulo IV

SEÑORES DEL BIEN Y DEL MAL

El sargento Bill Smart no pudo ver a Kolgor, pese a encontrarse allí presente, cuando el policía irrumpió en la estancia, entrando, como era habitual en él, por medio de llaves falsas.

— ¡Bill! —exclamó Sidney, sobresaltado.

— ¡Ah te pillé con las manos en la masa! ¿Con quién hablabas?

— Con nadie.

— ¿Nadie? —Smart miró en torno suyo, perplejo—. ¡Diablos, Sid! ¿No serás de esos tipos que hablan solos en voz alta? Pero no me pareció oír tu voz.

— Déjate de tonterías, Bill. ¿Qué es lo que quieres?

— Felicitarte. Quiero ser el primero en hacerlo. El informe de Brown no ha prosperado. Reiner no cree que estás loco.

—¡Vaya, es un alivio! ¿Y para decirme eso has venido?

— Pasaba por aquí. Supuse que estarías aún leyendo libracos. Bueno, puedo llevarte en mi coche. De paso te hablaré de Myrna Onnes. Te mentí el otro día. Nancy Steiner no está en Méjico. Ha vuelto y Brown me pidió que fuese verla.

— Lo sé, chinche. Estoy mejor informado que tú. Anoche cené con Myrna.

— ¡Estupenda chica, Sid!

Sid trató de sonreír.

— ¿También vas a meterte en mi vida privada?

— ¿Y por qué no? Soy como tu padre.

— Pues ya te estás largando papá. Tengo que reflexionar. Ya sabes que en la oficina es imposible concentrarse. Puedo ir allí cuando me convenga. No soy de tu calaña de sargentuchos.

— ¡Eh, más respeto, Sid! De no haber sido por mí…

— ¡Que te largues! —exclamó Sidney, empujando a su amigo hacia la puerta—. Y la próxima vez que vuelvas, te encontrarás un pasador de acero en la entrada. ¡Veremos si eres capaz de abrir con tus malditas llaves, sin romper el tabique!

— ¡Esto es un atropello, Sid! ¿Quién tienes oculto aquí? ¡Ah, una chica!

— ¡Fuera, fisgón! ¡A tu servicio!

Una vez hubo echado a Smart, Sidney regresó al despacho, donde encontró a Kolgor, esperándole sonriente.

— Le aprecia mucho el sargento Smart. ¿Sabe que le elegí para tratar de disuadirle a usted el otro día?

— Algo de eso me pasó por la mente. ¿Cómo lo ha hecho?

— ¿Qué?

— Hacerse invisible.

— Es sencillo. Hipnosis colectiva. Puedo sugestionar a cualquiera, sólo o en grupo en fracciones de segundo. ¡Se trata de un entrenamiento a que nos sometemos. Conocemos todos los fenómenos parapsicológicos. ¿Usted cree en fantasmas?

— No.

— Pues empiece a cambiar de idea, puesto que los fantasmas existen. Y como asegura la leyenda, son espíritus errantes, cuya extraordinaria voluntad les permite quedarse entre los vivos, para satisfacer un deseo importante que tuvieron en vida.

»Aquí no hay ninguno de esos espíritus. Yo tengo la facultad de verlos. Incluso he hablado con muchos de ellos y he tratado de disuadirles de su obstinación. Unas veces, lo logré y otras no. Nuestro poder físico se ejerce sobre todo lo material y orgánico, pero no en seres meta-físicos.

— ¿Cuál es el objetivo de la Hermandad de los Antiguos? —preguntó Sidney—. ¿Qué se proponen? ¿Qué fin persiguen?

— La posesión de la Verdad Absoluta. Nuestra Hermandad es una asociación filosófica secreta… Entienda bien que le cuento todo esto porque puedo borrárselo todo de la mente cuando me marche. Usted, si es aceptado por el Cónclave General, habrá de someterse a una disciplina estricta y severa, que se supone empezará a raíz de su «salida» de este mundo. Quiero decir, cuando sus amigos y parientes crean que ha muerto.

»Entonces cambiará usted de fisonomía y se irá a vivir a nuestro

monasterio, en Praxto, donde será iniciado para su vida futura.

»Será entonces, pues, cuando conocerá la verdadera respuesta a su pregunta. Yo sólo puedo decirle que nosotros estudiamos todas las ciencias y conocemos la solución de innumerables problemas. Pero existen muchos más por descubrir, en los que hemos estado investigando durante milenios.

— ¿Y por qué no revelan ustedes a los mortales todo lo que saben, haciendo con ello avanzar considerablemente las ciencias? Está demostrado que cuantos más científicos haya en el mundo mayor será el progreso.

— ¡Qué equivocado está usted, señor Rank! — exclamó Kolgor, con una extraña sonrisa—. La humanidad avanza y retrocede de acuerdo con unas leyes naturales que nosotros no podemos dominar.

»No todo lo que ustedes saben es la verdad Creen algo, porque un hombre que se hace llamar genio así lo ha dicho. Y eso es ley y doctrina para todos sus descendientes. De la ignorancia surgen las leyendas.

»Los hombres saben cuán corta es la existencia. Y viven tratando de estar siempre por encima de los demás. Todos ansían riqueza y poder, porque ello es ley natural de progreso.

»Incluso en el organismo humano se refleja esta verdad. Los tímidos, los pusilánimes, los apocados, son débiles, se les domina y avasalla; los fuertes, por el contrario, son audaces, pugnan por abrirse paso en un mundo cada día más poblado. Se seleccionan las razas por sí solas, las gentes aprenden más, saben más, quieren más. Es lógico.

»Pero, de vez en cuando, surgen convulsiones violentas. La ambición ciega a los hombres. Surge la oposición, la lucha, y sobrevive el más fuerte o el más hábil. Los pueblos se hacen grandes y ricos; luego, se adormecen en su bienestar, y los sometidos se levantan contra sus opresores, matándoles y ocupando sus puestos.

»Así, siempre.

»Cuando se pobló este planeta, los escasos habitantes se extinguieron por todas partes. Crearon familias, pueblos, ciudades. Y se alcanzó un extraordinario dominio de las ciencias. Pero fueron atacados por seres de otras razas, llegados del cosmos. La guerra diezmó a los hombres, destruyó sus hogares, sus ciudades. Fue preciso empezar de nuevo a trabajar. Y se perdieron conocimientos que los jóvenes no quisieron seguir o que les pareció mejor hacer de otra forma.

»Las generaciones posteriores suelen despreciar a sus antepasados, alegando que están más evolucionados. Lo cual no es cierto, puesto que

en la mente guardamos perfectamente archivados los conocimientos adquiridos por nuestros antepasados.

»A consecuencia de esto, se formó la Hermandad de los Antiguos. Nuestro venerable Regidor Supremo, Salkon, Maestro, Amo y Señor, de por vida y hasta el Fin Divino, desentrañó el secreto de la vida y la muerte.

«Ignoramos si le fue revelado o lo halló en sus profundas meditaciones. Pero reunió a sus más preciados amigos y les confió el secreto por el cual podrían vivir miles de siglos.

«Se pensó, naturalmente, hacer del dominio público aquel hallazgo. Pero, como le digo, Salkon es muy sabio. ¿Imagina usted la historia de la Humanidad, tal y como la conocemos, de tres o cuatro mil años a esta parte, si todo el que nace no muriera?

Sidney Rank se estremeció ante aquella idea.

— Sí, exactamente. Nos habríamos matado todos hace tiempo, porque si viviendo lo que se ha vivido y ampliando ese período a medida que la civilización mortal progresa, ha pasado lo que todos sabemos, ¿qué sería ahora de nosotros siendo longevos?

— No, desde luego, se guardó el secreto, que se ha ido revelando a los que sabemos que poseen mayor disposición mental. Y no son, casi nunca, los que alardean de más sabios.

»Yo, por ejemplo, nací en una humilde farmacia de un pueblo ya inexistente, llamado M'kran, en terrenos ahora cubiertos por las aguas del Océano Atlántico. Y de vez en cuando me refugio entre aquellas ruinas submarinas que tanto me recuerdan mi infancia.

»Piense que disponemos de medios técnicos para descender a las mayores profundidades abismales.

«Usted ha oído hablar de platillos volantes de varios tipos. Unos son nuestros. Están ahí, sin ser descubiertos, vigilando siempre, accionados por robots, que nos avisan cuando se acercan naves procedentes del espacio exterior, puesto que existen otras razas.

»Ya en la Antigüedad, hubo guerras intergalácticas. En unas nos tocó perder. En otras, ganamos. Así ha ocurrido. Y los mortales han avanzado y retrocedido en sus ciencias, según les hemos permitido nosotros que lo hagan.

»Yo mismo tuve que intervenir, durante la II Guerra Mundial, para que los científicos americanos consiguieran desintegrar el átomo. ¿Le parece extraño? Todo tiene su explicación. La guerra había adquirido ya una proporción peligrosa e inestable para la seguridad mundial. Si algo

se escapaba de control, podíamos sufrir todos las consecuencias.

»Por eso ayudamos a los que, a nuestro juicio, llevaban más justicia en sus programas. El naciónalsocialismo hitleriano habría sido un retroceso inútil al barbarismo inculto de siglos anteriores.

»Ahora estamos propugnando un avance social de todo orden, porque intuimos un posible ataque extraterrestre. Existe un mundo, cuyo avance tecnológico se hace peligroso para nuestra seguridad, y hemos de facilitar el progreso… ¡Pero no un progreso hacia el pasado arqueológico, tratando de desentrañar vestigios que a nosotros nos interesa conservar en el olvido, sino un progreso técnico hacia el futuro, con adelantos espaciales, electrónicos, biónicos y fotónicos!

»¿Me comprende usted? Nosotros no podemos permitir que ciertos grupos traten de averiguar cosas que la humanidad debe ignorar.

»Entiéndame, Rank. Este planeta no es de nadie y, por tanto, nadie puede alegar su propiedad absoluta. Nosotros poseemos vastos conocimientos científicos, que utilizamos en lo que creemos mejor para todos.

»Nosotros no podemos impedir que haya vida, aunque tenemos medios para acabar con ella en poco tiempo. Tampoco somos dueños de la muerte. Aunque, si es preciso, para la seguridad de todos, ejercemos actos con objeto de abreviar el tránsito de la vida a la muerte.

»Sabemos que más allá, en las dimensiones desconocidas del espíritu, el poder de Dios es inmenso y eterno. Nosotros no negamos su divinidad, y hasta creemos, sin estar seguros de ello, que somos sus instrumentos mortales para que exista cierto equilibrio en la cosmografía universal.

»Por otra parte, una, mil o un millón de vidas humanas no cuentan. No es lícito eliminarlas, desde luego. Sólo Dios dispone de las vidas de los hombres, pero nosotros sabemos cuándo alguien ha de morir, porque su muerte beneficia a los demás.

»¿Me comprende usted, Rank?

— Sí, creo comprender. En cierto modo, nosotros actuamos igual. Somos fuerzas de policía y orden al servicio de la sociedad.

— Exactamente. El orden es necesario. Y también es necesaria la libertad de los hombres, para que cada uno elija el modo mejor de servir a sus intereses y a los de los demás. Pero quien trata de tomarse la justicia por su mano, hay que atajarle, incluso castigarle.

— ¿Y usted se propone que yo entre a formar parte de su Hermandad? ¿Quién soy yo? ¿Qué han visto en mí?

— Extraordinarias cualidades que, posiblemente, usted mismo desconoce poseer.

—Tal vez. Pero pienso que a mí tal vez no me guste vivir tanto como viven ustedes.

— Es un alto privilegio el que le concedemos.

— No lo dudo. Mas temo que mi vida se haría infinitamente larga y podría hastiarme.

— No lo crea. La experiencia se adquiere con el transcurso de los años. Amará usted la vida, el trabajo que realizará en sus distintas etapas y jamás tendrá tiempo de sentir hastío.

»En primer lugar, va usted a vivir tal y como vive ahora. Nada va a cambiar en su existencia. Seguirá usted como oficial de policía, y tendrá usted todo nuestro apoyo. Eso le ayudará profesionalmente y le permitirá obtener méritos y ascensos. Es muy posible que llegue a ser un personaje importante en esta ciudad.

»Para combatir el crimen, con los conocimientos que nosotros pondremos en sus manos, su labor será eficaz y fecunda. Puede usted contraer matrimonio, tener hijos, vivir como cualquier ser de esta época.

»Pero llegará un momento, por edad, cansancio y monotonía, que usted mismo nos pedirá el traslado al Monasterio de Praxto. Posiblemente, no pensará usted entonces como piensa ahora, aparte de que en su vida particular se habrán producido muchos cambios inesperados.

»En Praxto será rejuvenecido. Adquirirá otra personalidad, sin perder la experiencia y los conocimientos adquiridos. Podrá aprender ciencias, que le tendrán ocupado y absorto durante siglos. Y, en alguna ocasión, habrá de adquirir otra personalidad, nombre y profesión, para volver con los hombres de otro tiempo.

»Yo he vivido en Fenicia, en Egipto, Grecia y en muchos lugares, durante distintas épocas. He tenido que influir mentalmente en gobernantes, reyes, hombres de ciencia y hasta en capitanes, porque haciéndolo así servía a los intereses señalados por Salkon, nuestro Regidor Supremo.

— ¿Dónde se encuentra ahora el Jefe de la Hermandad?

— En estos momentos debe estar en Praxto. Pero puede salir, adoptando la personalidad que desee. Y le puedo asegurar que, no hace mucho, estaba en esta ciudad, aunque usted no llegó a conocerle.

— ¿Estuvo aquí?

— Sí, durante más de cincuenta años. Aunque hacía frecuentes viajes para conocer directamente los problemas de los hermanos más distantes. Nosotros poseemos instalaciones de T. V. desde hace miles de años, disponemos de medios de transporte que ustedes desconocen, como trenes subterráneos que unen Europa y África con América. Poseemos fábricas y laboratorios inmensos, donde trabajamos y experimentamos. Tenemos bibliotecas con millones de volúmenes, pero también disponemos de proyectores electromagnéticos que producen velocísimamente todos esos volúmenes y que cualquiera de nosotros puede estudiar desde su pantalla de microondas.

— ¡Es extraordinario! —exclamó Rank—. Hábleme de Harry Forsman.

Kolgor sonrió.

— Esperaba que me pidiera eso. Le complaceré con sumo gusto. Nosotros, mejor que nadie sabemos que la teoría de Herbert Steiner, de las civilizaciones anteriores, es cierta. Yo soy una prueba viviente.

»Pero no podemos permitir que se demuestre. Mientras que los arqueólogos se limiten a lanzar teorías, sin demostración, nada ocurrirá. Pero hemos de protegernos de la curiosidad popular. A la gente no se la podría conformar con promesas, si sabe que unos viven miles de años y otros sólo unas decenas.

»Ya le he explicado la razón por la que no puede ser,

»Entonces, nosotros frenamos en cierto modo, el progreso. Los seres humanos vivirán más tiempo, cuando lo necesiten para su evolución natural, cuando se inicie la conquista del espacio, debido a las largas travesías y las enormes distancias.

«Mientras, para la evolución normal, el promedio de vida ha de estar alrededor de los ochenta años. Es lógico. Nosotros no trabajamos en perjuicio de la humanidad, sino en su favor, puesto que formamos parte de ella, como privilegiados, dirían unos, pero como justos defensores, decimos nosotros.

»Con Harry Forsman tuve que actuar sin vacilaciones, puesto que las tablillas de Tset, cuya existencia nosotros desconocíamos, y que fueron escritas hace doce mil años, por un rebelde de nuestra Hermandad, ya muerto, nos denunciaban como secta organizada, señores del Bien y del Mal, dirigentes supremos de la ciudad de Gowan, etc.

«El procedimiento que empleé fue sencillo. La teleportación me llevó a New Heaven; la transmutación material me permitió borrar literalmente las páginas que había escrito Forsman. Ibn Kadí, su criado

afgano, colaboró conmigo inconscientemente. Convertí en papel blanco las cuartillas escritas, regeneré la cinta de la máquina, me llevé las tablillas, que conservo en mi apartamiento de la Avenida Morgan, y no dejé ni una huella de mi paso.

«Pude haber borrado de la mente de Forsman todo lo que sabía, pero ignoraba con cuántas personas había podido hablar antes de volver a Nueva York. Por eso establecí un riguroso control de observación, localizando así a Peter Fowler.

»Y ya sabe usted el resto. Ahora, le dejaré. Tengo que volver a mi puesto. Usted olvidará todo cuanto hemos hablado aquí. Pero recordará que, siempre que necesite saber algo importante, puede llamarme.

»En su mente surgirá el número de teléfono que le pondrá en contacto conmigo, aunque usted no lo sepa o no lo recuerde. Entiéndalo, bien. Nos interesa ayudarle en su carrera. Ha sido usted elegido y cuando se le llame, tendrá que asistir al Cónclave General, donde se decidirá o no su admisión en la Hermandad.

»Pero, mientras eso ocurre, goza usted de mi apoyo y ayuda.

— ¿Y no podré pensar en cuanto hemos hablado?

— No podrá recordarlo siquiera.

— Me hubiese gustado poder decidir por mí mismo.

— Tendrá ocasión de hacerlo. No se le obligará. Queremos que nos vaya conociendo. Que sepa que no somos criminales, sino una sociedad secreta que vela por los más altos intereses de la humanidad, por encima de políticas locales, ambiciones mezquinas y todo lo referente a los seres humanos en general.

»Nosotros sabemos más, porque hemos vivido muchísimo. Todos nuestros actos están justificados. Han sido necesarios y todos lo sabemos, aunque los demás no nos comprendan. Y sin ser ricos, poseemos todo lo que se precisa para cumplir nuestro deber.

— Entiendo. ¡Le llamaré.

Capítulo V

EL ASESINATO DE KOLGOR

Sidney Rank hubo de admitir que no existían pruebas contra nadie en el caso Fowler-Forsman. Todos los dictámenes periciales coincidían en lo mismo: fallecimiento por causas naturales. Y las declaraciones grabadas de él mismo, ante el capitán Reiner, y las de Peter Fowler, antes de morir, carecían de sentido.

Incluso el teniente Brown, colega de Rank alegó que todo el embrollo de la muerte telefónica no era más que el fruto de la imaginación de Sidney.

Bill Smart, sargento de detectives, mientras comía un día con Rank, expuso:

— Hemos hecho el ridículo, Sid. ¿A quién se le ocurre perseguir fantasmas en Nueva York, en la época en que vivimos?

— Los fantasmas existen, Bill.

— ¡Sí, en tu cabeza! Eso lo has sacado de los libros que has estado devorando últimamente, y que han escrito tipos con imaginación, que no tienen otra cosa que hacer, excepto embaucar a los editores con sus fábulas.

»Todos esos libros son un negocio, pero no una realidad demostrable.

— ¿No crees, pues, que Edgar Cayce poseía conocimientos paranormales? ¿No sabes que centenares de médicos acudieron a él para consultarle sus casos? Y él no había estudiado siquiera Medicina. Pero el «Instituto Cayce» todavía existe.

»¿No sabes tú que por medio de la hipnosis se hizo tocar a un hombre una estufa y se quemó la mano, a pesar de que la estufa estaba apagada y fría? Esto se puede hacer cuando quieras.

— ¡Bah, si no lo veo no lo creo!

— Pues pásate por el gabinete de psicología y psiquiatría, y el doctor Grant te hará unas demostraciones gratuitas. Además, me confirmó que existen casos de médiums que han realizado materializaciones espirituales.

»Todas esas cuestiones, que antes se creían como supercherías y engaños de charlatanes, se estudian ahora en las universidades. ¿Sabes lo que es una universidad, Bill?

Smart tomó un vaso de agua como para echárselo a su amigo al rostro.

— ¡No me tomes el pelo, teniente!

Sidney sonrió y siguió comiendo. Al cabo de un instante dijo:

— Siento tener que archivar el caso Fowler-Forsman, Bill. Me habría gustado poder llegar al fondo del asunto.

— ¿Qué fondo?

— Hallar las tablillas que Forsman halló en Palenque y que Fowler tuvo en sus manos.

— Esas tablillas no han existido.

— ¿Por qué se vino Forsman de Méjico?

—Como no resucite, no nos enteraremos nunca. Y como los muertos jamás vuelven de sus tumbas…

— ¡Esa es otra, Bill! ¿Cómo sabes tú que los muertos no resucitan?

— Jesús resucitó a Lázaro. Pero Dios puede hacer esas cosas, no nosotros.

— Puede que algún día te convenzas de lo contrario, Bill.

Aquel mismo día, Sidney Rank fue encargado del caso de la joyería Braque, situada en la Quinta Avenida. Fue el capitán Reiner quien le llamó personalmente y le dijo:

— Rank, quiero que releve usted a Sam Foster en el asunto del robo a la joyería Braque. El Comisionado Superior exige resultados inmediatos Y sólo tengo confianza en usted.

— Sí, señor. Me ocuparé ahora mismo del asunto. Ya era hora que tuviese entre manos un caso tangible y real.

Sidney se llevó a Smart y a varios agentes. El teniente Foster se encontraba en el lugar del hecho y explicó a Sid todos los pormenores del robo.

— Cosa de auténticos profesionales, Sid. Perforaron el piso, por una galería. Emplearon ácidos altamente corrosivos, cuyo análisis nos

facilitará hoy mismo el gabinete de química. Fue un trabajo limpio, realizado por tres hombres, a lo sumo.

»Las joyas desaparecidas valen doce millones, y me están sacando copias fotográficas de las piezas más valiosas. Mr. Brahams te las dará cuanto antes.

»Establecimos controles de vigilancia en carreteras, para impedir que los profesionales pudieran salir. Se ha detenido a dos tipos, muy conocidos, que salían de Nueva York en coche. Pero no llevan encima ni una piedra. Alegan no saber nada de este asunto y parecen tener una buena coartada. Sin embargo, los muchachos los están interrogando.

— ¿Habéis iniciado las visitas a peristas y compradores?

—Sí. Todo el trámite normal está en marcha. Tú puedes hacer lo que mejor te plazca. Parece que el jefe quiere resultados inmediatos.

— ¿Inmediatos? —preguntó Rank.

Sidney examinó detenidamente el lugar del robo. Habló con los empleados de joyería, y hasta con Mr. Bernie Braque llegado en aquellos instantes de Europa, avisado por su gerente en Nueva York. El hombre, mundialmente conocido, estaba excitado y nervioso.

— Algunas de esas piezas estaban en trámites de ser aseguradas, teniente. ¿Se da usted cuenta de lo que eso significa? ¡Voy a perder millones!

— Tranquilícese, señor Braque. Las joyas aparecerán. Hay dos compañías de seguros con más interés que usted.

— ¿Por qué han sustituido al teniente Foster por usted? Él inició la investigación en el primer momento. ¿Es que el Departamento de Policía no tiene hombres?

— Disculpe señor Braque. Hay hombres más que suficientes.

— ¡Están ustedes perdiendo deliberadamente el tiempo! ¡El teniente Foster debía continuar la investigación hasta el final, y no cambiar de oficial a las veinticuatro horas del robo! ¡Eso beneficia a los ladrones y me perjudica a mí!

— No es usted quien dispone en el Departamento de Policía, señor Braque.

— ¡Además, con tanto agente por aquí, no podemos trabajar! Nuestros clientes están alarmados.

— Vaya, lo siento, señor Braque —contestó Sidney—. Si tiene usted alguna queja, hágala ante la Comisión Suprema. Yo estoy aquí cumpliendo órdenes.

Sidney abandonó el despacho de Mr. Bernie Braque y salió al salón

de la joyería, recibiendo una agradable sorpresa al ver allí a dos mujeres jóvenes y atractivas.

— ¡Vaya, Myrna Onnes y Nancy Steiner!

— ¡Oh, Sid! ¿Qué estás haciendo aquí? —exclamó Myrna, sorprendida.

—De servicio. ¿Y vosotras? ¿Sois clientes de Braque?

—Sí. Traje una joya para reparar. Un anillo que perteneció a mi madre —dijo Myrna—. Le tengo en gran estima. Al saber que han robado aquí, me he apresurado a venir.

— ¿Cómo era el anillo? —preguntó Sidney.

— Pues… De platino con un trío de diamantes, en forma de trébol. El engarce de uno se abrió y temí perder un diamante.

— Me informaré. ¿Tienes el resguardo?

— Sí. Aquí está. Un empleado me lo tasó todo en diez mil dólares, Sid —añadió Myrna.

— Esperadme aquí. Luego podemos ir los tres a tomar algo.

Sidney interrogó al gerente y supo que el anillo de Myrna Onnes había desaparecido, juntamente con una bandeja de piedras depositadas en la caja. Desalentado, el teniente salió y se reunió con las dos muchachas.

— Lo siento, Myrna. Tu anillo no está.

— ¡Oh, Sid! ¡Era muy valioso y estimable! ¿Qué haré ahora?

— No preocuparte en absoluto, Myrna —aseguró Sidney, sonriendo —. Estoy seguro de que las joyas robadas aparecerán.

— ¿Cuándo?

— Antes de una semana. ¡Palabra de honor! Yo no podría engañarte a ti, Myrna.

Ella le envolvió en una mirada de intenso agradecimiento. Luego, salieron los tres juntos de la joyería, después de haber dado él instrucciones a Bill Smart.

* * *

— ¿Kolgor? Soy Sidney Rank.

— Hola, teniente. ¿Cómo está?

— Bien. Gracias. Necesito su ayuda. Por eso le he llamado. Ignoraba el número, pero me he concentrado en el deseo de hablarle y ha surgido en mi mente como por arte de magia.

—Entiendo perfectamente, señor Rank. Puede usted pedirme lo que sea. ¿De qué se trata?

— Necesito saber dónde están las joyas robadas a Bernie Braque. Es una cuestión profesional. Una íntima amiga ha perdido una valiosa sortija y temo que no la pueda recuperar. Aparte de que mis jefes confían en mí para este trabajo.

— Perfectamente, señor Rank. Dentro de un par de horas podré darle toda la información que necesita. ¿Le parece bien?

— ¡Magnífico, Kolgor; le quedaré muy reconocido!

* * *

Aquella tarde, Sidney Rank con una orden de arresto en el bolsillo y una autorización de registro, firmada por un juez, se presentó en la joyería Braque, de la avenida Morgan.

Sus agentes estaban todavía allí. Sidney habló con algunos de ellos y luego se dirigió al despacho de Mr. Braque, el cual estaba con su director gerente, Richard Brahams.

El sargento Bill Smart, muy grave, con las manos en los bolsillos de su abrigo, iba tras él.

— ¡Oh, teniente Rank! —exclamó Braque, sonriendo de modo agradable—. Me encanta volverlo a ver. ¿Ha averiguado algo?

— Todo, señor Braque —replicó Sidney secamente—. Sabemos quién realizó el robo, quién lo instigó y dónde están las joyas.

— ¿Qué me dice? —exclamó Braque, atónito.

Sidney se volvió al perplejo Richard Brahams y sacó la orden de arresto que llevaba en el bolsillo.

— Esto es para usted, señor Brahams. Y le advierto que cualquier cosa que diga será utilizada contra usted en el momento del juicio. Le ruego que abra la caja secreta que tiene detrás de los diplomas. Sabemos que ahí se encuentran la mayor parte de las joyas desaparecidas.

»Los hombres que usted contrató para realizar el robo, Andy Smith, «Mad» Neddle y «Rana» García, ya están en jefatura, convictos y confesos. De los cincuenta mil dólares que usted les dio a cuenta, hemos recuperado treinta y seis mil. También las joyas que tenían en depósito. ¿Quiere usted abrir esa caja?

— Pero… ¿Qué significa esto, teniente Rank? —preguntó Bernie Braque, consternado, mirando ora a Sid, ora a su director-gerente en

Nueva York.

— Un caso típico de empleado infiel, señor Braque. Creo que una mujer de ojos rasgados tiene la culpa de todo esto. Mr. Brahams dispuso de joyas que no le pertenecían. Hizo regalos a su amante y…

Bill Smart sujetó del brazo a Brahams, acompañándole hasta la repisa donde estaban los diplomas de la joyería. Como un autómata el hombre abrió la caja secreta, que contenía piedras valiosas, colocadas en estuches.

Sidney buscó entre las piezas, hasta hallar un anillo con tres diamantes de gran tamaño, quedándose perplejo ante la rara y singular figura del anillo.

— Esto es de la señorita Myrna Onnes, íntima amiga mía. Le entregaré el resguardo, señor Braque, y me lo llevaré. De todo lo demás se ocupará el sargento Smart, para obtener las pruebas del delito.

»No se preocupe usted de esto, señor Braque. Le serán devueltas en breve. Sólo tomaremos copias fotográficas.

Sidney se dirigió a la puerta, abrió y ordenó:

— Agente O'Neil, conduzcan al detenido a la jefatura.

* * *

— Esta sortija es muy rara, Myrna. ¿De veras vale diez mil dólares? —preguntó Sidney, mostrando el anillo recuperado del robo de la joyería Braque.

Myrna la tomó, abrazó y besó amorosamente a Sidney y luego replicó:

— Mi padre se la regaló a mi madre cuando se casaron… Hace muchos años. Yo no había nacido aún.

— Alguien me ha dicho que ese anillo debe valer mucho más, por su antigüedad.

— ¡Oh, yo no sé! Desde luego, me gusta. Y lo estimo por lo que representa. ¿Cómo lo has encontrado?

— Tuve una confidencia. Capturamos a los ladrones y lo explicaron todo. El gerente de Braque, Richard Brahams, les facilitó las cosas, les pagó y se había quedado con las joyas, ocultándolas en una caja secreta de su despacho.

»Ahora, en la cárcel, tendrán todos tiempo suficiente para meditar en los errores cometidos. Con la policía de Nueva York no se puede jugar.

— ¡Eres maravilloso, Sid!

— Y tú la criatura más fascinadora de cuantas he conocido en mi vida —replicó Sidney, asiendo a Myrna por el talle y mirándole intensamente a los ojos—. Hasta me haces pensar en él matrimonio.

— ¡Oh, Sid; eso de casarse es anticuado! ¿No me tienes en tus brazos? ¿No soy enteramente tuya? ¿Qué quieres más? El día que te canses de mí, puedes dejarme y seguir siendo tan amigos, sin el engorro y las negociaciones del divorcio. Sé práctico, Sidney.

Sid frotó su nariz sobre los labios de ella, atrayéndola luego hacia sí, y dijo:

— Prefiero poseerte de modo legal. Los oficiales de policía hemos de dar ejemplo. Además, pienso darte tantos hijos que no tendrás nunca ocasión para pensar en el divorcio.

— ¡Sid, quiéreme, pero no te cases conmigo! —suplicó ella.

— ¿Por qué, Myrna?

Ella se apartó de su lado, bruscamente, volviéndose de espaldas a él.

— En mi vida hay un secreto, Sid.

— ¿Algo pasado?

— No. Algo que todavía me inquieta y me atormenta, y que no puedo decirte. ¿Crees que yo puedo vivir unida a un hombre, sin contarle algo muy vinculado a mi existencia?

— Bueno, eso tiene fácil arreglo. Me lo cuentas y el secreto lo compartimos entre los dos.

— No puede ser, Sid. Ese secreto no me pertenece. No puedo revelarlo. Pero es… ¡tan importante que destruiría nuestra felicidad! Yo debo ser para ti una mujer de paso. Me has conocido, me amas, y luego, sin pena, nos separamos. Pero debemos aprovechar los instantes de felicidad cuando estamos juntos.

Sidney Rank se entristeció al oír aquello. Era una sombra que se interponía entre ambos. Y el misterio, lo desconocido, las sombras, como buen policía, era su deber averiguarlo.

Aquella noche volvió a llamar a Kolgor. Lo hizo cerca de su casa, caminando como entre nubes de gratos recuerdos de amor, pero con el alma apenada y arrastrando tras él.

Kolgor podía ayudarle. Le preguntaría cuál era el secreto de Myrna Onnes. Posiblemente, la Hermandad de los Antiguos supiera la causa. Sospechó que podría estar relacionada con la desaparición del profesor Gregory Onnes, en las selvas del Brasil. Y, al igual que la muerte de Forsman, podía haber sido un decreto del Regidor Supremo.

Rank ignoraba todo esto, pero lo intuía. En su subconsciente estaban aún las palabras que le dijera Kolgor, y él necesitaba ayuda, tanto oficial como particularmente.

Pero Kolgor no contestó a la llamada. Sidney repitió el número. Estaba seguro de no equivocarse. ¿Por qué no contestaba Kolgor?

Anotó el número, por temor a que se le pudiera olvidar. Y llamó al servicio de control telefónico de la policía.

— Soy el teniente Rank, de Homicidios. ¿Quién está de servicio?

— Louis Marlowe, teniente.

— Anote el número que voy a darle. Necesito que me localice a quien pertenece. No figura en la guía y debe ser un número privado.

— Sí, teniente. No cuelgue. Le informaré dentro de unos minutos.

A los pocos instantes, Marlowe contestaba:

— El número que me ha dado corresponde a un individuo llamado Vernet, Allis Vernet. Vive en el piso 28, letra D, del edificio «Chase», en Madison Avenue.

— Perfectamente —contestó Sidney, memorizando el nombre y la dirección—. Gracias por todo, Marlowe.

— No hay de qué, teniente Rank. Ha sido un placer.

Después de vacilar un instante, dudando, Sidney optó por tomar un taxi y hacerse llevar a la dirección que le habían dado. Si Allis Vernet era Kolgor, y no había podido contestar a su llamada, hablaría personalmente con él.

Pero cuando llegó al «Chase Building» se encontró allí con la policía. En una ambulancia estaban cargando el cuerpo de un hombre, tendido en una camilla y cubierto con una manta.

Sorprendido, Sidney se acercó a un agente.

— ¿Qué ha ocurrido?

— Un hombre se ha arrojado desde el piso 28, señor —contestó el agente, al ver la placa de Sid.

— ¿Quién es?

— He oído decir que se trata de un sujeto misterioso y extraño, llamado Verner o algo así. De todas formas, el teniente Brown se encuentra arriba. Puede usted subir. ¿Conoce usted al teniente Brown?

— Sí, le conozco —contestó Sidney, palideciendo.

Capítulo VI

LOS ESPECTROS

El teniente Brown, un hombre de recia complexión, áspero bigote y ropas holgadas, pareció sorprenderse al ver allí y a tales horas a su compañero Rank.

— ¡Caramba, Sid! ¿Qué haces por aquí?

— No lo vas a creer, pero Vernet era confidente mío.

— ¡Oh, no!

— Pues sí. Hace un rato le llamé por teléfono y no me contestó nadie.

— ¿Qué hora era?

— Las once y media, poco más o menos. Llamé al departamento y Marlowe me localizó la dirección por el número de teléfono. He venido y… ¡Figúrate mi sorpresa al ver que metían a Vernet en la ambulancia!

— ¡Vaya, vaya! Se trata de un sujeto extraño. Y esto no parece ser la madriguera de un confidente. Aquí se respira misterio y desahogada posición económica. Esto es un talonario de cheques. El saldo parece ser de veinte mil dólares. ¿Pagas tú así las confidencias?

— No. Ésta no me costó nada. Ese Vernet fue quien me facilitó los datos para echar mano a Richard Brahams, el de la joyería Braque.

Había otros agentes registrando el apartamiento que era grande, lujosamente amueblado y ornamentado. Uno de ellos se acercó, saludó a Sidney y dijo:

— No hay duda, Brown. Esos dos tipos lo echaron por la ventana. Vernet quiso agarrarse a la cortina y la rompió. Es una defenestración realizada por los dos sujetos vestidos de negro a los que vio entrar el conserje.

— ¿Huellas, Andy?

— Muchas, pero todas parecen ser del que ocupaba esto. Un tipo raro, sin lugar a dudas.

— Sí. Veremos lo que dice la autopsia… Sigue hablándome de él, Rank. ¿Quién era?

— No lo sé, puedes creerme. Le conocí por casualidad. Me dijo que podía darme algunos informes, si los necesitaba. Sólo tenía que llamarle a su número. Lo hice en el caso que te he contado y saltó la liebre.

— ¿Y no te parece raro?

— Mucho. Por eso quise verlo.

— Pues has llegado tarde. Dos sujetos vinieron antes, estuvieron aquí unos diez minutos, tiraron a Allis Vernet por la ventana y desaparecieron. No me extrañaría nada que tu confidente tuviese relación con la gente del hampa y éste sea el resultado del «chivatazo» que te permitió agarrar a los ladrones de joyas.

— Podría ser —contestó Sidney, no muy convencido.

— Yo estoy seguro de que ha sido así. Pero no hemos hecho más que empezar. Hemos de establecer quién era Vernet qué hacía, qué amistades tenía…

—Sí, la rutina. Bueno, te dejo, Brown. Nos veremos mañana en la oficina.

— Adiós, Rank. Te iré a ver. Hablaremos de esto.

Turbado y nervioso, Sidney abandonó el apartamiento, donde no quiso ni siquiera echar una ojeada. Tomó el ascensor, junto con un agente de dactiloscopia, muy parlanchín, y descendió a la planta baja.

En la calle continuaban los curiosos. Estuvo en el lugar donde había caído el cuerpo. Un agente de guardia le dijo que la muerte de Vernet había sido instantánea.

— Se aplastó el cráneo contra el suelo… ¡La caída fue impresionante!

Camino de su propio apartamiento, en Queen’s Sidney no dejó de pensar en aquella extraña muerte. Se esforzó en recordar cuanto sabía de aquel hombre, pero tuvo que desistir, porque, en realidad, lo único que sabía de él era su número de teléfono. Ni siquiera sabía porqué le llamaba, y mucho menos la relación que había entre ellos. Pero intuía que algo extraordinario estaba ocurriendo en Nueva York y él formaba parte del todo misterioso y alucinante.

Las sorpresas de Sidney Rank, empero, no habían terminado aún por aquella noche. ¡Quedaba lo más impresionante!

* * *

Ignoraba el tiempo que debía llevar durmiendo, cuando se despertó bruscamente. A la luz que entraba del exterior, procedente de una farola de vapor de mercurio, próxima a su domicilio, vio dos hombres a los pies de su cama.

Ambos vestían de negro. Y sus rostros estaban en sombras.

— ¿Estás despierto, Sidney Rank? —preguntó uno.

¡Y Sidney tuvo la desagradable impresión de estar oyendo la voz de Peter Fowler el ayudante de psicología y psiquiatría del Departamento de Policía!

— ¿Eh, qué…?

— Tranquilícese, teniente Rank. Hemos venido a buscarle. Tiene que hacer un viaje con nosotros.

— Pe… pero… ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué pesadilla es ésta?

— No se trata de ninguna pesadilla, teniente

Rank —habló el primero acercándose más a Rank—. ¿No me conoce? Soy Peter Fowler. Él es mi amigo Harry Forsman.

— ¡No! ¡Estáis muertos los dos!

— ¡Aparentemente, sí —dijo lo que parecía el espectro de Peter Fowler—. Pero puede tocarme y se convencerá que soy de carne y hueso.

Sidney se frotó los ojos como para ahuyentar la visión fantasmal de los dos visitantes nocturnos. Al disiparse las brumas de sus ojos, los dos individuos continuaban estando allí, casi junto a él, inclinados sobre su cuerpo.

— No debe usted temer nada, teniente Rank —dijo Harry Forsman —. No le ocurrirá nada malo. Sólo queremos hablar con usted y luego emprender juntos ese viaje del que le hemos hablado.

—¿Adonde?

— Un poco lejos, parece. Hemos de tomar un avión hasta Brasilia, la capital de los Estados Unidos de Brasil. Allí, en automóvil, nos dirigiremos hacia la selva. Ya nos guiarán hasta un lugar llamado Praxto.

Sidney empezó a serenarse en parte. Se incorporó y alargó la mano, para tomar su batín. Sobre la mesita de noche tenía su pistola de reglamento. La vio y sintió deseos de empuñarla.

Pero ¿qué podía hacer un arma de fuego contra dos fantasmas?

— Están ustedes muertos y enterrados —dijo Sidney, poniéndose el batín.

— Hasta hoy —contestó Peter Fowler—. Pero Kolgor fue a buscarnos y nos devolvió la vida.

— ¿Kolgor?

— Sí, el hombre que vive en Madison Avenue con el nombre de Vernet.

Sidney sintió erizársele el cabello. Un hormigueo insólito se apoderó de su nuca. Encendió la luz, pero los dos fantasmas no se desvanecieron. Eran dos hombres de carne y hueso, al parecer. Y a Peter Fowler le conoció bien. Al otro sólo le había visto en el depósito de cadáveres.

— ¿Quién ha arrojado a Vernet por la ventana?

— Nosotros —contestó Peter Fowler, siempre grave y sombrío.

— ¿Por qué?

— Por favor, señor Rank. No haga tantas preguntas. Debía usted saber ya que obedecemos órdenes del Regidor Supremo. Concéntrese un poco y recordará con facilidad todo cuanto habló usted con Kolgor.

»Sólo podemos decirle que nos dieron orden de suprimir a Kolgor. Creemos que no ha actuado siguiendo las directrices del Regidor Supremo. En realidad, no debió suprimirnos del mundo de los vivos, como lo hizo, por lo de las tablillas de Tset. El Regidor Supremo sabe las razones.

»Kolgor se apresuró, pues, utilizando todos los medios a su alcance, para devolvemos la vida. Y lo logró. Parece ser que disponía de un método secreto y desconocido de la Hermandad, para casos de error.

»El Regidor supremo conoce ya el secreto. Y nos dio instrucciones mentales para eliminar a Kolgor. Es más, hablamos con él en su apartamento. Hubo una discusión áspera, porque no quería morir, y le permitimos que, por medio de su televisión de control, se pusiera en contacto con un hombre llamado Chomac.

»La orden fue confirmada. Kolgor tuvo que aceptar la sentencia, aunque se resistió en el último instante. Era un sujeto que llevaba viviendo más de quince mil años.

Sidney hubo de admitir que había escuchado ya anteriormente aquella información. Ahora, todo volvía a su mente con perfecta claridad. Y del asombro al verse ante dos «difuntos», pasó al estupor por la narración que le hacían.

— El Regidor Supremo nos ha dicho, por medio de la telepatía, que vengamos a buscarle y le acompañemos a Praxto. Ahora, la ciudad

duerme. Hay como un intervalo en el que se ha suspendido el tiempo para nosotros.

»Debemos asistir a un Cónclave General, donde se decidirá lo que es preciso hacer. Kolgor no podía conservar secretos que pertenecen a la Hermandad.

— ¡Basta ya! —exclamó Sidney, exasperado— ¡No logro entender nada! ¡Estoy soñando! ¡Esto es una pesadilla y tengo que despertarme!

Para que su deseo se hiciese real, Sidney se arrojó sobre el lecho. Y apenas si se dio cuenta de que los otros le agarraban de los brazos, para incorporarle.

Los ojos se resistían a despegarse ya. El sueño le estaba venciendo. Todo era grotesco e irreal.

* * *

De modo vago e inconcreto, Sidney sintió que viajaba. Primero le sacaron de su domicilio y le metieron en un coche que les aguardaba. La ciudad parecía dormida, aunque vio hombres detenidos en las aceras, y coches con los faros encendidos, inmóviles en medio de la calzada.

¡Coches y personas que no se movían!

¡Nueva York se hallaba totalmente paralizado, mientras que el coche en que viajaban, y que conducía Harry Forsman, sorteaba los obstáculos con gran habilidad!

Peter Fowler viajaba a su lado, en el asiento posterior. Le hablaba, y Sidney no podía entender nada.

— Mi muerte debía ser irreal, alguna especie de catalepsia. Lo peor fue la autopsia… ¡Me destrozaron por dentro! Él lo arregló todo… Sé que parece imposible.

— ¡Es imposible! —creyó Sidney haber dicho.

— No, puesto que vivo.

— ¿Dónde? ¿En mi subconsciente? ¿Qué ocurre en torno a nosotros? ¿Es que no ve que todo está paralizado y sólo nosotros nos estamos moviendo?

Lo que respondió Fowler no quedó grabado en la pesadilla de Sidney Rank, quien observó, a través de las ventanillas, algo así como una gran maqueta de un aeropuerto, con aviones y maniquíes, que daban una gran sensación de realidad.

¡Todo inmóvil, todo sin vida; todo inerte!

El avión a reacción que les esperaba no era una entelequia, empero. Un hombre de uniforme les saludó. También vio fugazmente a una azafata muy bella, al subir la escalerilla, sostenido ahora por Fowler y Forsman. Luego, le sentaron en una butaca. Toda la cabina de pasajeros estaba vacía. Sólo ellos tres viajaban en el avión.

El oficial les dijo algo y luego desapareció. La azafata llegó después con una bandeja, en la que había tostadas, mermelada, bizcochos, leche, café y otras cosas. La bandeja se colocaba en un soporte, delante de cada asiento.

La azafata hizo tres viajes. Pero Sidney no tenía apetito. Dirigía frecuentes miradas hacia la ventanilla. Volaban a gran altura, sobre un mar de nubes blancas y fascinadoras. De vez en cuando, por alguna brecha del lecho algodonoso, podía distinguir el mar.

El vuelo le pareció breve, casi fugaz. Fowler y Forsman habían permanecido silenciosos, fumando de vez en cuando. Sidney también castigó sus pulmones, fumando ininterrumpidamente. Cada vez que se ponía un cigarrillo en los labios, la bella azafata brasileña aparecía a su lado, provista de un encendedor adornado con pequeñas piedras preciosas.

— Ya estamos llegando. Dentro de diez minutos tomaremos tierra — anunció ella, de pronto.

Efectivamente, el avión se posó sobre una larga pista. Al detenerse, Sidney vio, allá al fondo, los edificios del aeropuerto.

— ¿Por qué no nos detenemos allí? —preguntó a Forsman.

— Hay un coche esperándonos ahí fuera.

Efectivamente, salieron y descendieron por una vieja escalera, que parecía estar arrumbada allí. Les esperaba un coche «todo terreno», cubierto con lonas descoloridas. Era muy grande, sólido. Un sujeto cetrino, de ropas claras y tropicales, estaba de pie, muy serio, junto al vehículo.

¡El oficial de la nave bajó también, habló en voz baja con el conductor del coche, mientras Sidney y sus compañeros subían a la parte trasera. Luego, vio Sidney a la hermosa azafata que les miraba desde la vieja escalerilla de hierro.

Después, el conductor subió al coche y éste se puso en marcha.

El avión, el oficial, la azafata y el aeropuerto, todo quedó atrás en contados minutos. Poco después, Sidney se encontró viajando por una carretera rodeada de vegetación lujuriante.

No encontraron ni un solo vehículo por aquella carretera que parecía

adentrarse en los infiernos verdes de la selva. Ni coche ni persona.

Pero el viaje no duró más de una hora. El conductor introdujo el coche por un camino, cubierto de barro e insectos, contra los cuales se protegieron dejando caer unas cortinillas transparentes.

Y, cuando menos lo esperaba Sidney, el coche se detuvo en una especie de calvero, en el centro del cual había un extraño aparato metálico y brillante.

Sidney tuvo la impresión de hallarse ante uno de los tan discutidos platillos volantes, que mucha gente afirmaba haber visto en lugares desiertos y solitarios.

— Ya hemos llegado —el conductor del coche habló en portugués. Y posiblemente, Sidney fue el único que lo entendió.

Primero salió Forsman, quien examinó con curiosidad el aparato y a los dos hombres, vestidos con monos oscuros y cubiertos con cascos extraños, de grandes viseras azules. Eran seres humanos, sin lugar a dudas.

Uno de ellos avanzó hacia los recién llegados y les dijo:

— Sean bienvenidos. ¿Qué tal el viaje?

— Bien —contestó Forsman—. ¿Por dónde se entra en eso?

— Sitúense exactamente debajo, en el centro — contestó el otro —El cono de gravedad invertida les subirá a la nave.

Fue una sensación nueva y emocionante. Los cinco hombres se situaron debajo del objeto volante, que se sostenía por cuatro gruesas patas telescópicas.

Sidney se sintió elevado, como si hubiese perdido peso. Miró hacia arriba y creyó que la nave bajaba hacia ellos. Una vez en el interior de un departamento circular y abovedado, con un sector transparente, por el que se podía contemplar el cielo, movieron los pies, dejando el centro del agujero, y apoyarse en suelo firme.

El agujero central o escotilla se cerró como el diafragma de una cámara fotográfica.

Había asientos en torno a la cabina circular. Eran como un sofá extenso, en forma de herradura. Delante del sector transparente, se sentaron los dos hombres. Allí había un tablero de mandos, de singular construcción.

Antes de accionar los mandos, uno de los pilotos se volvió y dijo:

— No se alarmen. El mareo durará sólo unos segundos.

En efecto, Sidney tuvo la sensación de que todo empezaba a girar vertiginosamente. El cielo, a través del tragaluz, se difuminó por

completo. Y la cabeza le dio vueltas.

Pero pronto desapareció el mareo y sólo experimentó como un ligero balanceo, semejante al que produce el viajar en bote sobre un mar sacudido por la marea.

— ¿Es un platillo volador? —preguntó Sidney.

— Así lo llama la gente. Nosotros le llamamos «discoplano ingrávido» de desplazamiento magnético —respondió el piloto—. Se sustenta por medio de un campo continuo antigravitacional, o sea una fuerza magnética contraria a la gravedad, que tiene su apoyo en la superficie del suelo en el momento del despegue. Después, nos desplazamos rápidamente sobre las capas de aire.

— ¿Quién ha inventado esto? —preguntó Sidney.

— ¡Cielos, qué pregunta! —exclamó el otro piloto—. Es tan viejo como el planeta. Nosotros solemos decir que todo ha existido siempre, para no complicarnos la vida.

»Y es así, porque las fuerzas naturales han existido desde que se formó la materia. ¿Y cómo se hizo? ¡Ah, no creo que nadie sea capaz de responder a eso! ¿Qué es la materia, Ronald?

La pregunta del piloto iba dirigida a su compañero.

— Materia es la infinita variedad de la energía.

— Hazle comprender a Sidney Rank. Es nuevo aquí… Bueno, todos son nuevos.

— Prefiero más que me digan adonde vamos.

— A Praxto —contestó el llamado Ronald.

— ¿Dónde está eso?

— En el interior de la selva brasileña, bajo el suelo. Es la caverna más impresionante de cuantas haya podido ver en su vida. Bajo un techo iluminado por reflectación. Allí tenemos el monasterio de Praxto. ¡Ah, les aseguro que no olvidarán jamás maravilla semejante!

Poco después, Sidney Rank habría de asombrarse ante el impresionante espectáculo de luz y arquitectura ultravanguardista, que apareció ante sus ojos al posarse el «discoplano» en un inframundo sobrenatural, por el que los hombres de la Tierra habrían dado la vida para conocer.

Y admiró el templo subterráneo más fantástico que la imaginación ha podido crear.

¡Praxto era una gran gema arquitectónica!

Capítulo VII

LA MASCARA DE ZAFIRO

De pronto, se encontraron en un inmenso salón de techo, paredes y suelo pulimentado y brillante, hecho todo de un material parecido a la aguamarina, entre azul y verde, maravilloso de luz y color.

Sidney Rank quedó atónito al entrar allí. En cambio, sus dos espectrales compañeros de viaje, sin inmutarse, observaban todo aquello como si estuviesen habituados a verlo.

Al fondo del salón había una especie de trono, al que se subía por una escalinata dorada.

Luego habría de saber Sidney que todo aquello estaba hecho de fluosilicato alumínico, o sea, que era un inmenso topacio artificial, de valor incalculable.

No había más ornamentación que una serie de estatuas blancas, de un material desconocido, que se alineaban cada diez o doce metros, a ambos lados de la amplia estancia, colocadas sobre pedestales de granate que parecían tener luz propia.

Ante un lugar tan fastuoso, Sidney no pudo por menos que exclamar:

— ¡Esto parece la mansión de los dioses!

No se había dado cuenta aún de la figura que estaba sentada en el trono, al fondo, observándoles, y hacia la que se dirigían, obedeciendo las órdenes que les habían dado los pilotos del «discoplano».

Ahora, Sidney la vio y se detuvo. Era un individuo de cara amarilla —luego sabría que llevaba una máscara de zafiro—, ojos encendidos y rojos y facciones pétreas, que estaba sentado en un trono de ónix, soportado por felinos de piedra.

Se acercaron al pie de la escalinata. Entonces pudieron ver la máscara de Salkon, el Regidor Supremo, sus manos enfundadas en

guantes de tejido de platino, así como su clámide, que le cubría hasta los pies.

Era un hombre de estatura normal y gestos tranquilos. Su voz, detrás de la máscara, sonó extraña y metálica, pero hablaba correctamente el inglés.

— Sed bienvenidos a Praxto —fue lo primero que dijo, extendiendo la mano derecha—. Acércate, Harry Forsman. ¿Traes lo que te pedí?

— Sí, Salkon. Aquí lo tengo.

— Dámelo.

Harry Forsman subió la escalinata y se acercó al hombre que ocupaba el trono. Sacó un pequeño objeto del bolsillo de su negra chaqueta y se lo entregó al extraordinario personaje, quien lo tomó y lo examinó en la palma de su mano.

Desde abajo, Sidney no pudo ver de qué se trataba, pero creyó ver algo brillante.

— Sitúate a mi derecha, Forsman —dijo el hombre de la máscara de zafiro amarilla—, Acércate tú, Peter Fowler.

El aludido subió también y Sidney quedó abajo, esperando.

— ¿Conociste el secreto de Kolgor?

— Sí, Salkon. Escudriñé en su mente.

— ¿Podrás explicárnoslo?

— Sí, supongo que sí. Aunque habré de estudiar bastante.

— Aquí tendrás tiempo suficiente, Fowler. Sitúate a mi izquierda.

Peter Fowler obedeció.

Entonces, Salkon miró hacia donde esperaba Sidney.

— ¿Y tú, Sidney Rank, has tenido buen viaje?

— Sí, Salkon.

— Me alegro. ¿Qué te parece Praxto?

— Un paraíso increíble.

—Hay aquí una gran riqueza material, Sidney Rank. Durante muchos siglos, los poseedores de la Verdad Absoluta hemos trabajado aquí, levantando este monasterio que es un monumento al saber de los hombres. Todas esas estatuas corresponden a nuestros hermanos muertos… ¡Nosotros también morimos, pero no de vejez! Somos materia y los enemigos de la materia nos atacan y nos destruyen. Cuando revientan las retortas de nuestros alquimistas, los que descubren los misterios de la materia, nuestros hermanos sufren daño. Es un peligro que debemos correr.

»Nuestros médicos componen y curan nuestros cuerpos, pero a veces la mente fallece en esos terribles accidentes, que son la venganza de la materia sobre la energía. Nosotros, entonces, esculpimos las estatuas de nuestros hermanos, para conservarlos en nuestros recuerdos.

— Es un tributo merecido —observó Sidney, volviéndose a mirar en torno suyo—. Debieron ser muy sabios.

— Lo fueron. Nadie que no posea un cerebro capaz de comprender la Verdad Absoluta podría estar con nosotros. El mundo es grande, la humanidad, inmensa. Nosotros sólo elegimos a los privilegiados. El poder y la sabiduría aquí es real y no ficticio como afuera.

»Tú debes saber mucho de eso, Sidney Rank. Conoces bien a los hombres, según me han dicho.

— Creo conocerlos —replicó Sidney.

— Sí, lo sé. Alguien a quien amo mucho me ha hablado muy bien de ti. Acércate, Sidney… Sube hasta aquí.

Sidney sonrió y subió la escalinata, hasta llegar a pocos pasos del extraordinario personaje de la máscara de zafiro amarillo.

— No somos enemigos de los hombres, Sidney— dijo Salkon gravemente—, porque también somos hombres. La humanidad es nuestra cuna. Pero la humanidad ignora la Verdad Absoluta, que sólo se puede conocer cuando se ha vivido y reflexionado mucho, cuando el alma es vieja y los conocimientos profundos.

»La Verdad Absoluta está en la filosofía, cuya ciencia conocerás con el tiempo, porque es deseo nuestro que pertenezcas a la Hermandad de los Antiguos. ¿Quieres poseer la Verdad Absoluta, Sidney Rank?

— Quisiera saber qué compromisos contraigo antes de responder.

Detrás de la máscara pareció surgir una risa apagada.

— Excelente pregunta, Sidney Rank… ¿Conoces este anillo? —Salkon abrió la palma de la mano enguantada en tela de platino y mostró un anillo de diamantes en trébol.

¡El anillo de Myrna Onnes!

— ¡Este anillo pertenece a…!

— Myrna Onnes es mi hija, Sidney —habló el hombre de la máscara de zafiro—. Yo he sido, durante bastantes años, Gregory Onnes.

Sidney quedó demasiado estupefacto para responder. Miró a los impasibles Forsman y Fowler, y luego a Salkon.

— Somos humanos y mortales. Sentimos, pensamos y amamos. Mi hija no sabe quién soy, pero goza de mi protección. Ahora me cree desaparecido. Yo he estado a su lado mientras me ha necesitado. Pero

ella ha de vivir su vida y yo he vuelto a Praxto.

»Y como conoces a mi hija, quiero contestar a tu pregunta. Entre nosotros sólo adquieres un compromiso de lealtad cuyo juramento te será tomado en su día.

»Tú asistirás al Cónclave General de la Hermandad de los Antiguos, cuyo Regidor Supremo soy yo. Y si aceptas estar a nuestro servicio mientras tengas vida, nosotros te ayudaremos en tu vida y gozarás de los privilegios que gozamos todos.

»Aquí ves a Harry Forsman y Peter Fowler. Uno de nuestros hermanos los mató para ensayar ciencias que no nos había revelado. Kolgor fue un traidor. Y tú sabes que la traición es un grave delito que nadie puede perdonar.

»Yo tuve que intervenir y recurrí a estos dos hombres, uno de los cuales fue amigo mío…

— ¿No fue Gregory Onnes uno de los que firmaron el manifiesto que apoyaba la teoría de las civilizaciones anteriores?

— Ciertamente —contestó Salkon—. Y ésta es nuestra respuesta… Herbert Steiner está aquí, con nosotros. Ahora ha llegado también Harry Forsman. Nosotros elegimos hombres inteligentes.

— No lo entiendo. A ustedes no les puede interesar que nadie sepa de su existencia.

— No, por supuesto. Pero sí nos interesa que la ciencia sepa que existieron civilizaciones anteriores a ésta. Nosotros no negamos la verdad, aunque ocultamos nuestra existencia.

»Es afuera, entre los que aseguran detectar la verdad científica, donde está el error. Y contra ellos hemos de luchar a veces, porque, de lo contrario, la humanidad no progresaría.

»Yo podría influir en el profesor Warwick, de la Academia de Ciencias de los Estados Unidos, para que la verdad se hiciera en su mente. Pero esa verdad negaría todas sus teorías anteriores. Le obligaríamos a desmentir lo que sus alumnos le han oído decir siempre.

»Utilizamos otros procedimientos. Más lentos, sin duda, pero más seguros. Por eso el progreso continúa, pese al error de muchos teorizantes.

«Por otra parte, sabemos que nosotros también erramos. Nadie es perfecto, sin duda. Mas sabemos que nuestras vidas son largas, muy superiores a las de ellos, y podemos deshacer los errores.

»Entre la ciencia actual del mundo y nosotros hay un abismo de muchos siglos de diferencia a nuestro favor.

— ¿Y las tablillas de Tset? —preguntó Sidney, ahora mirando a Salkon y Forsman.

— Kolgor las ocultó. Tú tendrás que encontrarlas. Esas tablillas revelan a los arqueólogos dónde estaba situada la antigua y milenaria ciudad de Gowan. Nadie puede traducirlas, excepto nosotros.

»Por tanto, Sidney Rank, las buscarás y nos las devolverás.

»Tampoco queremos que nadie registre el lugar donde vivía Kolgor, con el nombre de Allis Vernet. Tú te encargarás de que no se descubran sus secretos. Irán nuestros técnicos y desmontarán la instalación, porque no es conveniente que las autoridades sepan quién era Vernet.

— ¿Y si yo quisiera seguir siendo un policía y no aceptase vuestro ofrecimiento? —insistió Sidney.

— Leo tu mente, Sidney. Quieres ser de los nuestros. Amas a Myrna. ¿Por qué haces esas preguntas, pues?

— No lo sé… Quizá porque estoy algo desorientado.

— No te inquietes. Tu desorientación pasará. El tiempo carece de importancia ahora. Además, volverás a Nueva York sin que para ti haya transcurrido ni un segundo.

»De todas formas, en el Cónclave General que se celebrará dentro de unos días, podrás exponer tus dudas abiertamente. Ahora, podéis retirarse los tres. Descansad y meditad. Ya nos veremos más tarde.

* * *

Sidney jamás había tenido un alojamiento como el que le dieron en Praxto, compuesto por una salita de estar, un dormitorio, increíblemente sencillo y práctico, y un cuarto de baño.

En la salita había una especie de pantalla de televisión, que puso en marcha, sorprendiéndose al ver aparecer, en colores naturales, el busto de una hermosa muchacha —que podía tener entre veinte o treinta mil años, sin haber perdido su juvenil belleza—, la cuál le sonrió, como si le estuviese viendo.

— Buenos días, señor Rank. Soy Mireyik. Me han encargado de su instrucción y orientación. Puede preguntarme lo que desee. Seré para usted una especie de azafata del conocimiento.

— ¡Es usted muy linda, de veras!

— Gracias, señor Rank. Causar buena impresión es parte de mi trabajo.

— ¿Es humana?

— Sí. Pertenezco al servicio auxiliar.

— ¿Qué edad tiene?

Ella sonrió y preguntó:

— ¿Cree importante saberlo?

— Sólo a título de curiosidad.

— Entre nosotros, la edad no importa. Si desea usted amarme le corresponderé con agrado. No le defraudaré. Soy muy experta.

— ¿Puede usted venir aquí?

— Sí. Pero creo más conveniente no ir. A Salkon no le agradaría. Usted volverá pronto a Nueva York, donde le espera una preciosa muchacha, de su tiempo, hija de Salkon.

Sidney se ruborizó y bajó la cabeza.

— Disculpe —dijo—. Hablemos de otra cosa. ¿Qué puedo hacer? ¿Me está permitido recorrer Praxto?

— Por supuesto. Aunque ésta es la hora del descanso. Los hermanos están todos recogidos en sus alojamientos. Unos duermen y otros estudian.

»¿Quiere conocer nuestros laboratorios? Puede hacerlo yendo personalmente a ellos, o sin moverse de ahí. Yo puedo mostrarle todo en una filmación.

— ¡Oh, me encantaría!

Mireyik sonrió y desapareció de la pantalla. En su lugar surgió una panorámica impresionante del monasterio de Praxto, tal y como la había visto Sidney al llegar en el «discoplano». La voz, en «off» de Mireyik le dijo:

— Esto es Praxto, construido en el interior de una caverna artificial antisísmica, capaz de albergar una ciudad tan grande como Nueva York.

»Aquí viven, normalmente tres mil hermanos. Hay otros tantos dispersos por el mundo, y conectados con nuestro centro de comunicaciones de microondas.

»Cualquiera de los que estamos aquí puede salir o entrar a voluntad, utilizando las vías subterráneas que unen todo el mundo, pero que no comunican directamente con el exterior.

«Nosotros podemos transmutarnos y autoteletransportarnos a distancias relativamente cercanas. Sin embargo, un hermano, llamado Virkel, ha logrado teleportaciones considerables, alcanzando varias veces la superficie de la Luna.

— ¿Puede alguien teleportarse hasta la Luna?

— Sí, y transportar material inorgánico a grandes distancias. En eso se trabaja en nuestros laboratorios.

Mientras hablaba Mireyik, Sidney pudo ver una secuencia del extraordinario laboratorio físico de Praxto, donde en aquel momento no trabajaba nadie.

Admiró extrañas máquinas, cuya utilidad le fue explicando Mireyik.

— Ése es el antigravitón de Rimsky. Produce partículas antigravitacionales que acumulan en pilas, para ser utilizadas en naves del espacio.

— ¿Dónde fabrican esas naves?

— Aquí. Luego le enseñaré los talleres. Son enormes. Ahora están construyendo naves de propulsión fotónica, capaces de superar la velocidad de la luz. El ingeniero Colhound es quien se ocupa de ello.

«—Aquí todos son técnicos. Cuando es preciso realizar grandes obras, traemos mano de obra especializada.

— ¿Obreros del exterior?

— Sí. Rusos, americanos, ingleses o franceses —contestó Mireyik, siempre en «off»—. Pero esos individuos ignoran que se encuentran aquí. Se les sugestiona hipnóticamente. Luego, al marcharse, olvidan cuanto han visto.

— ¿Y no se les echa de menos en sus casas y lugares de trabajo?

En la pantalla apareció de nuevo el bello semblante de Mireyik.

— ¿No se lo han dicho a usted?

— ¿Qué?

— ¿No le han dicho que está en suspensión de tiempo?

— No. ¿Qué es eso?

— ¡Ah, perdón! Debí suponerlo… Esos obreros, como usted en estos momentos, están sometidos a un principio elemental de suspensión de tiempo. En realidad, es como si no estuviese aquí, salvo en esencia física… ¡Porque usted se encuentra ahora en Nueva York!

— ¿Eh? ¡Yo he venido en avión, coche y…!

— Sí, es cierto. Pero no es usted, precisamente, sino algo de su esencia misma. El otro usted verdadero, Sidney Rank, está allá, ajeno a todo esto.

»Y cuando regrese, nada sabrá de Praxto, hasta que no se lo revele su subconsciente. Es un fenómeno sencillo de la metafísica aplicada, que los seres humanos normales no pueden comprender bien.

»Usted debió ver, sin embargo, la gente detenida en las calles de

Nueva York; coches inmóviles en las calzadas, aviones suspendidos en el aire…

— ¡Sí, lo observé!

Mireyik sonrió agradablemente.

— Ahí tiene la prueba. La suspensión de tiempo es un efecto negativo en usted, cuya aceleración ha sido infinita, aunque le parezca normal. Por eso, mientras para usted transcurren meses, para las demás personas, sólo ha transcurrido una millonésima de segundo.

»El tiempo, como ustedes lo han conocido hasta ahora, no existe. Es una invención del hombre. Necesitó comparar su vida con algo y recurrió al sol, a la astronomía, a los relojes.

«Todo es falso. Claro que un reloj marca las horas. Y todos los hombres se rigen por ello. Pero ¿cree que si no existieran relojes, ni nada para computar el tiempo, excepto su propio corazón— y hasta éste puede ser artificial —sabría usted en qué día está?

— Me desconcierta, pequeña —dijo Sidney, sonriendo—. ¿Cree que podré comprender todo eso alguna vez?

— Sí. A un alumno de primera enseñanza no le hable usted del cálculo integral o infinitesimal, porque no lo entendería. Ninguno de los hombres que vienen aquí por vez primera comprendieron lo que es la suspensión del tiempo, como fuerza física… ¡Y ello es, precisamente, lo que nos permite viajar a los confines de la galaxia!

»¿Cómo comprende usted que una tripulación puede recorrer un billón de años luz en pocos meses?

— No, desde luego no lo comprendo —contestó Sidney.

— Y, sin embargo, se está realizando ya en otros mundos. Y las naves extragalácticas que nos visitan, hace millones de años que emplean ese medio de transporte en el alto espacio.

Sidney creyó estar aturdido.

Capítulo VIII

CÓNCLAVE GENERAL

Sidney Rank, vestido con una clámide plateada, cerrada por el cuello y que le llegaba hasta los pies, avanzó detrás de Peter Fowler y de Harry Forsman, que le precedían.

Estaban en una especie de pasillo, en el centro de una sala con gradas a derecha e izquierda, donde en cómodas butacas se sentaban los miembros de la Hermandad de los Antiguos, todos, sin excepción, cubiertos con máscaras de zafiro amarillo.

Una corte de mujeres con el semblante descubierto y ropones azules, de ceremonia, había escoltado a los tres adeptos hasta el salón del Cónclave General. Ahora iba a dar comienzo la ceremonia.

Avanzaron por el centro de aquel muro de máscaras, hasta llegar ante la mesa del Regidor Supremo, quien se encontraba sentado en una enorme silla de alto respaldo, con tres escribanos a su derecha y otros tres a su izquierda, todos vestidos igual y con el rostro cubierto.

Sólo Salkon se diferenciaba de los demás por un collar fantástico, de piedras de metal desconocido, blanco y brillante, que le caía sobre el pecho.

Tres banquillos de terciopelo negro aguardaban a los neófitos.

Salkon les indicó que podían sentarse. Luego, él se levantó y extendió ambas manos.

— Harry Forsman, ¿deseas ingresar en la Hermandad de los Antiguos y acatar nuestras reglas por el resto de tu vida?

— Sí, quiero —contestó Forsman serenamente.

Salkon repitió la misma pregunta a Peter Fowler y obtuvo idéntica respuesta. Por fin, se dirigió a Sidney.

— Sí, quiero —fue la respuesta firme y tajante del teniente de la

policía de Nueva York.

— Gracias por vuestra confianza en nosotros —dijo Salkon, sentándose—. Voy a exponer a este Cónclave General las circunstancias de vuestra presencia aquí.

»Hermanos, vosotros sabéis quién he sido yo durante los últimos cincuenta años. He vivido en el exterior fingiendo ser un arqueólogo y sin demostrar jamás, ni en mi cátedra ni en mis investigaciones, ser algo más que eso.

»Me rodeé de amigos y enemigos. Tuve simpatizantes y detractores, porque tal es la condición del hombre. Pero jamás dejé de cumplir mi deber, y mi presencia aquí, siempre que fue necesaria, se hizo patente entre vosotros.

»Yo secundé a Herbert Steiner, el teorizante de las civilizaciones anteriores. Se acordó aquí, en la reunión de Faxmir-1467, revelar al mundo exterior la existencia prehistórica de civilizaciones técnicas, puesto que los hallazgos paleontológicos que se producían en distintas partes del mundo eran innegables.

»Nosotros no ocultaremos la verdad al mundo, pero no podemos revelarla en su totalidad, puesto que la condición humana no está preparada aún para esa verdad.

»Nuestra labor ha sido fecunda y altamente satisfactoria. Somos los verdaderos conservadores del saber y de la ciencia.

»Pero la ciencia exterior negó a Steiner, a quien nosotros hicimos desaparecer entre los vivos adormeciendo su corazón, para que le dieran por muerto. Él está ahora entre nosotros y da fe y testimonio de esa verdad. Con él, están otros. Ahora viene Harry Forsman, cuyo cerebro fecundo, analítico e investigador le ha llevado a poder traducir uno de los lenguajes más antiguos que se conocen.

»Harry Forsman tenía que venir aquí, con nosotros. Se envió al hermano Kolgor a buscarle. Pero nosotros ignorábamos entonces que Kolgor tenía una doble mente y que ocultaba conocimientos médicos adquiridos en estudios secretos y clandestinos.

»Paralizó a Forsman más tiempo del necesario. Luego trató de hacernos creer que la autopsia forense dificultó su tarea. En realidad, Kolgor estaba obrando maliciosamente. Ése es el motivo por el cual se encuentra también aquí el joven psiquiatra Peter Fowler.

»Cuando me di cuenta de la verdad, ordené a Chomac que diera un ultimátum a Kolgor. Quería tener aquí a Forsman y Fowler. Kolgor tomó miedo, rectificó y devolvió la vida a estos dos hombres, a los que

yo dirigí desde aquel momento, ordenándoles arrojar a Kolgor por una ventana, para no exponerme a nuevas traiciones.

»Ya hemos investigado los actos de Kolgor.

Ha sido juzgado y condenado. Pero estos dos hombres han merecido nuestro apoyo y yo defiendo su admisión en la Hermandad.

»El que se oponga sólo tiene que alzar la mano derecha y exponer su alegato.

Ni siquiera una mano se alzó entre los congregados. Sidney pudo comprobarlo volviendo la mirada en torno suyo. El ingreso de Forsman y Fowler, por tanto, estaba unánimemente aprobado. Desde aquel instante, pertenecían a la Hermandad de los Antiguos. Se les prolongaría la vida y serían educados en la Verdad Absoluta.

Ahora, faltaba el alegato para la admisión de Sidney Rank.

Y Salkon continuó diciendo:

— El tercer aspirante está vinculando a mí por lazos sentimentales. Muchos de vosotros conocéis a mi hija Myrna. Es una encantadora muchacha que algún día dará pruebas de su capacidad intelectual, porque no obedece más que las leyes generales de la herencia. Y yo le he transmitido el saber al darle la vida.

»Pero es mujer. Es sensible, quiere ser independiente y libre. Es un concepto moderno de la vida, que yo no puedo evitar. Confío en mi hija, como confié en mis hijos. Unos están aquí, otros han muerto. El que merece nuestro apoyo, lo consigue. El que no, lo pierde.

»Y se da el caso que mi hija Myrna se ha enamorado de este oficial de policía. No se trata de un científico, como la mayoría de nosotros. Pero puede llegar a serlo.

»Yo le propongo ingresar en nuestra Hermandad y que vuelva inmediatamente a Nueva York, donde se irá formando poco a poco, se desposará con Myrna Onnes, ocupará el puesto dejado por Kolgor y… —Salkon se detuvo, haciendo una significativa pausa—… Y vivirá su vida normal, hasta obtener un elevado cargo político en la administración de su país.

»Necesitamos que sea así. Los Estados Unidos de América son un país preponderantemente industrial, vigoroso y técnico, que habrá de tener un papel importante en el futuro de la Humanidad.

»Nosotros queremos que Sidney Rank, en ese momento crucial que ha de venir, esté rigiendo los destinos de los Estados Unidos. Lo necesitamos y lo admitimos. ¿Alguien tiene algo que objetar?

Al volverse a mirar de nuevo, Sidney vio varias manos en alto.

— Bien —dijo Salkon—. Cuento una… dos… tres… cuatro objeciones. Que hable el primero.

Uno de los objetantes, con voz clara, preguntó:

— ¿Por qué se ha elegido a un hombre joven y no a un iniciado para ocupar el puesto del futuro Presidente de esa importante nación?

— Muy sencillo. Poseedores de la Verdad Absoluta, queremos también la honradez. El historial del teniente Sidney Rank está limpio. Ha sido y es un funcionario honrado. Sabemos lo que sucederá, pero necesitamos que el futuro Presidente sea un auténtico americano.

— ¿No serán caprichos de Myrna Onnes?

— No. Mi hija ignora esto.

— ¿Y no quieres para tu hija un alto puesto?

— Sí. Lo quiero. Si es capaz de ganárselo.

— ¿Crees que algún Presidente llega a la más alta magistratura sin ayuda de nadie, por azar, o simplemente porque se lo ha propuesto.

— ¿Será capaz de desempeñar ese cargo? —insistió el objetante.

— Estamos seguros que sí.

— Nada más, pues.

Otro objetante también hizo algunas preguntas.

— Yo no me preocupo por el destino que Sidney Rank pueda alcanzar. Con nuestra ayuda, será capaz de hacer eso y mucho más. Me inquieta, sin embargo, que un hermano sin preparación ocupe el puesto de Kolgor. ¿Cómo lo hará?

— Recibirá órdenes nuestras. Además, está más relacionado, por pertenecer a la policía, de lo que estaba Kolgor. Su misión allá sólo será humana. La preparación la irá adquiriendo paulatinamente. Ninguno de los que estamos aquí sabía, en sus primeros treinta y dos años, lo que sabe ahora.

Otro objetante preguntó:

— ¿Por qué no ha ingresado como los otros, al final de su existencia, cuando ya haya probado su talento?

— Nosotros hemos probado su talento. ¿Quieres hacerlo tú también, hermano?

— Bien, si lo habéis hecho… Creí que sólo se le admitía por el sentimiento que inspira a tu hija Myrna.

— Repito que esos sentimientos no influyen en mí.

— En tal caso, retiro la objeción.

Sólo quedaba un objetante, pero cuando Salkon se dirigió a él, dijo:

— Creo que mis preguntas han sido contestadas ya. Se referían a lo que ya se ha tratado. No tengo inconveniente en aceptar su ingreso en nuestra Hermandad.

— Gracias, hermanos. Todo lo que se hace aquí es en beneficio de todos, de lo contrario no lo haríamos. Dad, pues, vuestra bienvenida a los tres nuevos hermanos, dejando que puedan ver vuestros semblantes, como hago yo en este momento.

Salkon se llevó la mano derecha a un resorte que llevaba en la nuca, y se le desprendió la máscara. Sidney reconoció entonces al padre de Myrna, cuyas fotografías había contemplado muchas veces en los periódicos y hasta en el apartamiento de ella.

Lo mismo hicieron los escribanos y todos los demás miembros del Conclave, entre los que abundaban las facciones de hombres jóvenes, sometidos a la cirugía plástica.

Luego, todo el Conclave empezó a desfilar, en perfecto orden. Todos desfilaron ante ellos, estrechándoles las manos. Sidney acabó con los dedos casi envarados de tantas manos como asieron la suya, de tantos rostros sonrientes, de tantos hombres.

Después, todos fueron saliendo lentamente, para regresar a sus alojamientos particulares y, de allí, a sus respectivas ocupaciones.

Al terminar, Salkon les llevó a su gran despacho, donde les dio una serie de instrucciones, de carácter general, que todos escucharon con interés.

Y, por fin, Salkon se quedó a solas con Sidney. Entonces le llevó a una terraza, que parecía iluminada por un sol artificial, se sentaron informalmente en cómodas butacas, y hablaron de Myrna Onnes.

— Un día, volví al mundo, hijo. Conocí a la madre de Myrna, me enamoré de ella y nos casamos. De esto hace veinticinco años. Le regalé este anillo, que perteneció a una dinastía egipcia —Salkon sacó de entre sus ropas el trébol de diamantes—. Sé que fue robado y que Myrna estuvo a punto de perderlo. Por suerte, Kolgor te facilitó los datos y lograste recuperarlo.

»Forsman se lo ha vuelto a quitar a Myrna. Y yo quiero que ella lo reciba de tus manos el día que os caséis.

— Así lo haré. Pero dígame una cosa, ¿sabe Myrna quién es usted?

— No. Ella lo ignora todo. Sin embargo, su mente es clara y perspicaz. Ella sabe que yo no he desaparecido, ni estoy muerto. Ella sospecha que en mi vida existe algo horrible que nunca ha podido averiguar y teme conocer.

»De eso tienes que ocuparte, Sidney. Yo no apareceré más en la vida de ella, a menos que sus merecimientos o los tuyos, la hagan acreedora de pertenecer a nuestra Hermandad. Entonces, si me lo propones, la clasificaremos y será poseedora de la Verdad Absoluta. Entonces podrá volverme a ver, si es que vivo para entonces.

»Pero eso tiene un grave peligro. Aquí ya no seremos padre e hija, sino hermanos. ¿Me entiendes? Ella no será a mis ojos mejor que otro. Será igual. Yo tengo otros hijos en la Hermandad. Hay padres, madres, abuelos y nietos. Pero el parentesco humano de la sociedad exterior, aquí no existe, puesto que son muchísimos los años que convivimos juntos, dedicados a una misión mucho más sagrada que conservar la intimidad familiar.

»Aquí colaboramos todos por el mantenimiento de la seguridad humana, defendiendo nuestro planeta de peligros exteriores, que en el mundo no conocen.

»Ya en la Antigüedad sostuvimos cruentas y terribles guerras contra seres de otros mundos. Ese peligro no ha desaparecido. Sabemos que volverán, y tendremos que luchar. Para ello estaremos preparados con tiempo suficiente.

»Nuestro deseo habría sido vivir en un mundo bucólico y paradisíaco, olvidados de las guerras, los dominios y las pasiones. Mas eso no puede ser, porque el peligro acecha. Y hemos tenido que mantener siempre el espíritu de la lucha, porque los pastores y los poetas son malos soldados para la guerra.

»Y una humanidad de románticos e ignorantes no nos habría ayudado en nada.

»Este mundo nuestro no es de nadie. Cualquiera puede venir, ocuparlo y exterminamos a todos, si es que nosotros nos dejamos. ¿Comprendes ahora por qué es preciso que la vida sea como es? Nosotros hubiésemos podido cambiarlo todo, empezando a educar a las gentes, desde niños, con otra idea.

»Y ahora seríamos como un gran rebaño que comería hierba y bebería agua, sin pararse a pensar por qué estamos aquí. Ha sido necesario hacer guerra, luchar y matar, porque así se endurece el alma y el corazón.

»Ha sido preciso crear la injusticia y la desigualdad, porque sólo dándose cuenta de ello, el hombre ha juzgado, ha peleado y conseguido logros que, de otro modo, no habría logrado jamás.

»Bien y mal, el poder binario de la evolución constante.

»En todos esos principios se encierra la Verdad Absoluta, que es una e innegable, pero que nosotros comprendemos, por principio fundamental filosófico, y afuera, en las grandes o pequeñas ciudades, nadie se ha preocupado de averiguar. De todos modos, cuando alguien ha llegado a intuir siquiera la Verdad Absoluta, nosotros le hemos traído aquí, a Praxto.

»Ya puedes imaginar el motivo. La verdad está aquí, no allí fuera. En este mundo de nadie, nosotros nos preocupamos de todos. Ellos, sólo de sí mismos. Y cuando aparezcan las naves de la muerte, cuando vuelvan nuestros ancestrales enemigos, ellos serán nuestros soldados y nosotros los guiaremos a la victoria, porque nuestra raza debe continuar evolucionando.

»Por todo esto, aquí no hay familia privada. Aquí nadie puede poseer secretos particulares. Fuera, sí; son sólo pequeños secretos.

— Creo haber entendido, Salkon.

— Lo sé. Estoy iluminando tu mente todo lo que puedo. Ahora, volverás a Nueva York y todo continuará como antes. Sabrás quién eres y lo que deseas conseguir. Llegarás muy arriba, porque nosotros te apoyamos. No tendrás preocupaciones de dinero, ni será necesario que esperes a recibir tu paga para pagarle al sastre.

»Tú sabrás justificar todo eso. Y, sobre todo, vas a empezar a relacionarte con gente influyente. Piensa que ni los más acaudalados millonarios podrán reunir, como tú, todo el dinero que necesites.

Sidney sonrió divertido.

— ¿Y cómo voy a justificar yo todo eso, con mi sueldo de policía?

— Está todo previsto. Nosotros necesitamos que estés en la Presidencia de los Estados Unidos dentro de dieciséis años, o sea, para últimos de siglo.

—»Para entonces esperamos la Guerra Galáctica. Habrá muchos cambios políticos en el mundo antes de entonces. La técnica habrá avanzado aún más, con las nuevas generaciones, y nosotros apoyaremos todo lo que tienda a favorecemos en esa lucha.

»Respecto a ti, está todo arreglado. Vas a recibir un premio de veinticinco mil dólares, de las compañías de seguros, por el caso de la joyería Braque. Te vas a casar. El capitán Reiner se retirará y tú serás ascendido a capitán, con treinta y cinco años. Mi hija va a recibir medio millón de dólares de herencia, porque mi desaparición se legalizará, y el cuerpo de un hombre con mis ropas y documentación será hallado en la selva.

»Con ese dinero y tus inversiones, que serán acertadas, ganarás prestigio y más dinero. Luego, te presentarás a las elecciones para alcalde de Nueva York, y serás apoyado por tu partido.

»Ya irás recibiendo ayuda, no te preocupes. Nosotros no te abandonamos. Si fuese preciso, te enviaríamos un buque cargado de oro, pero no será necesario. Eres tú, con tu ejemplar conducta, tu sagacidad y tu magnífica hoja de servicios, quien irá escalando esos puestos que te llevarán, al fin, a la meta propuesta.

— ¿No han dejado nada al azar o a mi propio albedrío? —preguntó Sidney, como si no le gustase la idea de una existencia previamente establecida.

— ¡Desde luego que sí, Sidney! ¡Tu vida es tuya! Lo que tú piensas hacer, se lo proponen también muchos millones de hombres. La diferencia entre tú y ellos es que tú lo lograrás o ellos… ¿quién sabe?

— Ustedes, ¿no se equivocan nunca?

— Por supuesto que sí. Somos humanos también. Pero nos equivocamos menos veces.

— Es un consuelo. De todas formas, no se preocupen por mí. Ya tomé mi decisión y seguiré adelante hasta el fin. Soy feliz, porque ahora Myrna no me rechazará y por tener una meta determinada con un objetivo concreto.

»También me agrada poder servir a la humanidad. Haré todo lo mejor que pueda.

— Lo harás bien, Sidney. Estamos seguros.

— Entonces, ¿cuándo regreso?

— Esta misma tarde. Ya no podemos entretenerte más. En Nueva York han transcurrido ya casi dos segundos desde que te fuiste. No ocurrirá nada, pero no tentemos la suerte… Especialmente, estando tu amigo Bill Smart con llaves que abren todas las puertas. Si se presenta en tu casa y no te ve…

Sidney Rank sonrió.

Capítulo IX

EL CIUDADANO RANK

Sidney regresó a Nueva York dos segundos, exactamente, después de haber salido. Esto tardaría muchos años en poder comprenderlo. De momento, le bastaba saber que el tiempo tenía muchas dimensiones, y él había estado inmerso en una de ellas.

La existencia transcurría normalmente en todas partes. Sólo él se había salido de ella, viajando por regiones que los hombres no podían comprender.

Entró en su casa, se desvistió y se metió en el lecho.

Por la mañana, se despertó descansando y eufórico. Hizo sus ejercicios, se duchó y luego bajó al restaurante a desayunar y a leer el periódico, como solía hacer casi siempre.

Aquella mañana, hizo algo más. Llamó a Myrna Onnes.

— Necesito hablar contigo, Myrna. ¿A qué hora puedo verte?

— ¡Oh, Sid! ¿Qué te parece si comemos juntos en «Ranch»?

— De acuerdo. Reservaré una mesa. El gerente es amigo mío. ¿Te parece bien a las doce?

— Sí, cariño. ¿No puedes anticiparme algo?

— Que te quiero. Y no pienso dejarte escapar. ¿Es suficiente?

— ¡Oh, Sid; eres obstinado! Estoy viendo que tendré que aceptarte y echarte una cadena al cuello.

— Te llevaré un regalo, Myrna.

— ¡Esperaré impaciente! ¡Te quiero, Sid!

Sonriendo, Sidney colgó el auricular. Luego, fue en busca de su coche al garaje. Se sorprendió al encontrarse allí, sentado y fumando, a Bill Smart.

— ¿Eh, sabueso, qué haces aquí? Este «Ford» es mío.

— He fracasado, Sid. No he podido abrir la puerta de tu casa.

— ¡Te lo dije, Bill! ¿Por qué no has llamado?

— ¿Para presentarme ante ti como un vencido? ¡Ah, no; aquí tienes las llaves maestras! ¿Sabes que me las hizo un delincuente, en Ossining? Jack Parker, el mejor «revientacajas» de América.

— Sí, le conozco.

Sidney se sentó al volante y arrojó las llaves que le dio su compañero al asiento trasero.

— Te llevaré al Departamento.

— He soñado que te hacían capitán, Sid.

— ¿Eh? ¿Cómo es eso?

— Dicen todos que vales mucho. Y vas a ser un hombre rico. La «Insurance Maddox» ha comunicado que te recompensará con veinticinco mil dólares por el asunto de las joyas de Braque.

— ¿Cómo lo sabes?

— Nos telefonearon anoche. ¿Qué me vas a dar?

— Un beso, Bill. E invitaré a todo el grupo a mi boda.

— ¡Sid! ¿Qué boda es ésa?

— Me voy a casar.

— ¿Con Myrna Onnes?

— ¡Diana, Bill!

— ¡Estupendo! Ya te veo, dentro de poco, dejando el cuerpo.

— Eso no lo verán tus ojos.

— ¡Ah, Myrna Onnes es una rica heredera! Lo sé por Nancy Steiner. Excelente partido, Sid. Eso te dará mucho prestigio. Y si el viejo se retira, como he soñado, y te nombran capitán… ¡Caramba, vaya una carrera!

— ¿Por qué me han de nombrar capitán?

— Muy sencillo. Porque, aunque eres el más joven, vales más que todos los demás. Brown es un paquete. Anda loco buscando por ahí a dos hombres que, si mis informes no están errados, se encuentran muertos y enterrados.

— ¿Qué me dices, Bill? —se sorprendió Sidney.

— He estado esta mañana en la Brigada. Los de identificación están haciendo dos retratos robots, por las indicaciones de un conserje. Y por lo que he visto hasta ahora, ese hombre describe al difunto Fowler y a su amigo Forsman.

»Yo me he dado cuenta, he presentado las fotos de Forsman y Fowler

y el hombre los ha reconocido sin vacilar. ¡Ah, en cuanto se presente Brown y se entere, es capaz de morirse!

Sid arrugó el ceño.

— Yo estuve anoche con Brown, en Madison Avenue. Un hombre se arrojó desde el piso 28 del edificio «Chase». Se llamaba Vernet, y era confidente mío.

— ¿Eh?

— Sí. Ya sé lo que ha ocurrido. El «Murder Inc. » le amenazó y optó por el suicidio. Le habrían matado.

— Pero ¡y los hombres que fueron a verle!

— No podían ser Forsman ni Fowler.

— ¡Desde luego que no!

— Ni fueron a verle a él. Yo mismo hablé con Vernet. Minutos después se lanzaba por la ventana. Me dijo que se lo iban a cargar.

— ¿Lo sabe. Brown?

— Iba a decírselo, pero pensé que era mejor dejarle, a ver si encontraba algo. Desde luego, Vernet era del Sindicato.

— ¡Tate! ¿Y el caso Fowler-Forsman?

— Archivado. Muerte natural, como la de mi abuelo. Y todo lo que se habló no era más que humo de paja.

— ¿Incluyendo las tablillas que Fowler vio?

— No. Esas tablillas existen. Y apretaremos las clavijas a Ibn Kadí, el afgano. Tú vas a encargarte de eso. Si no te las da, amenázale con excavar el jardín. Tienen que estar allí, bajo tierra, entre las flores de New Heaven.

— ¿Cómo lo sabes, Sid?

— Los libracos, como tú llamas, me han abierto mucho los ojos. ¿Sabías que las tablillas de barro cocido siempre vuelven a la tierra donde han estado siempre, como si hubiesen sido hechas para yacer bajo el suelo?

— Diablos, no! ¿Qué maldición es ésa?

— ¡La maldición de Tset! —contestó Sidney muy serio.

* * *

— ¿Quién te lo ha dado, Sid? —preguntó Myrna, con voz nerviosa.

— Lo he conseguido por medio de poderes extrasensoriales. Desde el Más Allá, alguien a quien amas mucho me lo ha enviado para que lo

ponga en tu dedo. Perteneció a una dinastía de faraones egipcios. ¿No lo sabías?

Myrna se quedó mirando a Sidney de modo extraño.

— ¿Cómo ha podido desaparecer de mi caja fuerte, Sid? —preguntó muy seria.

— Bernie Braque me explicó la historia de este anillo. Fue hallado en la tumba de un faraón. Lo robaron los desvalijadores de tumbas.

Lo compró un lord inglés, que murió, y un hijo suyo lo perdió en la India.

»Alguien lo compró por cinco mil guineas inglesas, en 1890, y lo trajo a los Estados Unidos. El padre de Bernie Braque lo tuvo tres veces, hasta que se lo vendió a tu padre.

— ¿Por qué me lo has quitado de la caja, Sidney?

— He utilizado estas llaves. Son de Bill Smart. Lo abren todo.

— ¿Cuándo?

— Anoche, mientras dormías.

— ¿Estuviste en mi casa?

— Sí.

— ¿A qué hora?

— Serían las cuatro. Te besé en la frente y me llevé la joya para demostrarte que había estado allí. No pensaba quedármela.

— ¡Oh, Sidney; dices unas mentiras adorables! A la hora que dices, yo estaba despierta, pensando en ti. Fue como si me llegase otro mensaje de mi padre. Siempre me ocurre de noche.

— ¿Otro mensaje, Myrna? ¿Qué quieres decir?

— Es algo muy serio, Sidney. Sólo lo sabe Nancy Steiner. Y precisamente ella me ha aconsejado que te lo diga todo.

— ¿Que es todo?

— Esos mensajes se refieren a mi padre, Sidney. No creo que esté muerto. Y, sin embargo, escucho sus palabras, como si me hablase dentro de la mente.

Sidney se puso en guardia.

— ¿Qué te dice? ¿Cuándo escuchaste por vez primera esos mensajes?

— En varias ocasiones, mientras vivíamos juntos. Si él se iba de viaje, yo tenía noticias suyas desde dondequiera que estaba. (Es muy extraño y sorprendente, Sidney. Yo sé que mi padre vive y que está bien.

«— Yo también lo sé, Myrna, querida. Pero tú no debías saberlo. Tendré que informar a Salkon. Si no hace algo, puedes volverte loca. »

— Ignoro dónde se encuentra mi padre, pero sé que está vivo y bien, porque él me lo dice…! ¡Y este anillo te lo ha dado él!

— ¿Qué? —se extrañó Sidney.

— Bueno, entiéndeme. El ha hecho que vaya a tus manos. Mi padre aprueba nuestra boda, Sidney.

El sonrió de forma condescendiente.

— Eres adorable, Myrna. Hablas de tu padre como si fuese un espíritu que se pasea por ahí.

— ¡Los espíritus existen, Sidney!

— ¿Los has visto?

— No, pero los presiento. Sé que están. Y puede que algún día los vea, como te veo a ti.

«— Entonces sabrás que no son espíritus, exactamente, sino seres de carne y hueso, como los demás, con más años que Matusalén… ¡Ah, mi dulce amor; tu padre y tú debíais estar muy bien identificados! »

En voz alta, Sidney dijo:

— Te creo, Myrna.

— ¿Te burlas?

— No. Pero lo que te he dicho, es cierto. Vine, te besé, me llevé el anillo y ahora te lo devuelvo. No sé qué hora era. No miré el reloj.

— ¿No has visto a mi padre, Sidney? —preguntó ella, muy seria.

— No —mintió él—. No lo he visto.

Hubo una pausa entre los dos, durante la que se estuvieron mirando por encima de la mesa, fijamente, de modo casi hipnótico. Al fin, él sonrió y exclamó:

— ¿Era ése tu secreto, Myrna? ¿Eso lo que se interponía entre nosotros?

— Debo estar loca, Sidney —contestó ella, tomándole convulsamente de la mano—. Sufro alucinaciones muy extrañas. Temo no poder hacerte feliz. Por eso quería seguir viéndote, sin tener obligaciones contigo.

— En la policía no creemos en espíritus. Pero yo, particularmente, estoy dispuesto a creer en todo lo que me digas. Y pienso ser feliz a tu lado… ¡siempre!

Myrna también sonrió.

— ¡Eres adorable, Sidney!

—Me interesa mucho tu dote, amor mío.

— ¿Me quieres por el interés?

— ¡Pues claro! Mi sueldo es muy bajo…

— ¡Tonto! —rió ella, alegremente.

A partir de aquel momento, la comida transcurrió por un cauce más cordial y animado. Hablaron de cosas intrascendentes, y luego, ella le preguntó:

— ¿Qué haces esta tarde?

— Estoy a tu disposición. Hoy, casualmente, tengo la tarde libre.

— ¿Vamos al teatro?

— Donde quieras.

— ¿Y luego podré ir a tu casa un rato?

— Sí.

— ¡Eres adorable!

— ¡Y tú la chica más linda del mundo!

* * *

El timbre del teléfono estaba sonando insistentemente cuando entraron en el apartamiento de él, aquella noche.

— Disculpa —rogó él—. Toma asiento donde puedas.

Se apresuró a ir hacia el teléfono y lo descolgó. Bill Smart al otro lado del hilo, exclamó:

— ¡Caramba, Sid; ya era hora! ¿Dónde has estado metido?

— Tengo novia. Fuimos al teatro y luego a cenar.

— ¡Ah, el teatro! No se me ocurrió llamar a todos los que hay en la ciudad. ¡Qué contrariedad!

— Bueno, ¿qué ocurre, Bill?

— Pesqué al afgano y conseguí las tablillas.

Las tengo aquí, pero no sé lo que significa esto. ¿Es cierto lo que dijo Fowler?

— No lo sé. Habrá que dárselas a un criptógrafo. Es mejor que no lo comentes con nadie, Bill. Tráemelas aquí mañana por la mañana. ¿Cómo las conseguiste?

— Magia, Sid. El afgano se durmió de un modo raro. Luego se puso en pie, como un sonámbulo. Yo no esperaba nada de aquello. Me quedé sorprendido y le seguí hasta el jardín. Le vi arrodillarse entre los rosales. Cavó el terreno con una azada, hasta que sacó un envoltorio.

Me lo dio y regresó al salón, donde se sentó.

— ¿Eso hizo? —preguntó Sidney, incrédulo.

— Tal como lo oyes, Sidney. Así mismo. Y aquí tengo esas tablillas que apestan a siglos. Quisiera dártelas cuanto antes.

— Ahora tengo visita, Bill. Espera a mañana.

— ¿Has llevado a tu prometida a casa? ¿Para cuándo es la boda?

— Pronto, Bill. Tú serás el padrino.

— ¡Creí que ibas a olvidarte! ¡Te habría retirado hasta el saludo oficial, Sid! Me perfumaré para besar a la novia… ¡Ah, Sid; cómo te envidio! ¡Quién tuviera tu edad!

— Sí, mi edad; mi paga, mi expediente y mi graduación.

— ¡Engreído, presuntuoso!

—¡Sargento!

— Bueno, ¿y qué? —terminó Bill Smart, colgando el auricular.

Sidney estaba riendo al volverse hacia Myrna, quien le observaba y sonreía también.

— Aprecias mucho a Smart, ¿verdad?

— Es un buen tipo. Mi mejor amigo. El me hizo entrar en la policía y a él le debo cuanto sé. Es el más experto de cuantos conozco.

— ¿Y por qué no tiene más categoría que tú?

— Por culpa de los estudios. Para ser algo en este país, hay que haber pasado por una buena universidad, haber destacado en deporte, ser inteligente y saber devorar libros. Además, estuve luchando en Vietnam del Sur un par de años, donde obtuve tres medallas.

— He pasado un día muy agradable. A tu lado me olvido de las preocupaciones.

— Lo mismo me ocurre a mí, querida. Y ahora, vamos a trazar planes para el porvenir.

— ¿Planes? —se extrañó ella.

Sidney se sentó a su lado y la abrazó, mirándole a los ojos.

— Sí, planes. Vamos a casarnos. Ahorraré todo lo que pueda, haré inversiones atinadas, aumentaré nuestros bienes. Quiero ascender pronto. Me rodearé de amistades influyentes, seré jefe de policía, luego alcalde de la ciudad…

— ¡Oh, Sidney! ¿Por qué quieres cambiar ahora?

— Sencillamente, por ti. Creo que mereces ser la primera dama del país.

— ¡Yo no aspiro nada más que a ser feliz contigo!

CAPÍTULO X

GUARDIÁN DEL ORDEN SAGRADO

Las pantallas de casi todo el mundo enfocaron a una joven madre, cansada por el esfuerzo de la campaña publicitaria, en la que luchó por ayudar al esposo. Allí estaba Myrna Rank, sonriendo a las cámaras, con la pequeña Katty en brazos. Billy, muy serio, con el cuello flojo, suelta la corbata, guiñando los ojos.

Y Sidney Rank, que decía:

— Amigos míos, permitidme que os presente a mi familia… Myrna, Billy, que es un pequeño pillo, y Katty, con demasiado sueño en los ojos para saber dónde está. Esto es todo cuanto tengo, aparte de vuestra ayuda y amistad.

»Ellos me han pedido que haga esto por mi ciudad y yo trato de hacerlo. Necesito vuestros votos. Sabéis quién soy, porque mi vida es un libro abierto… ¡Ah, sé que no cuento con los votos de los bribones que he arrestado y encerrado! Pero, me pregunto, ¿por qué no, Sandy Lucas? Tú me conoces bien. Hemos fumado muchos cigarrillos juntos, durante los interrogatorios. Toda la ciudad sabe que eres un delincuente. Te gustaba salir en los periódicos. Pero yo te regeneré… Dime, Sandy Lucas, ¿crees que soy un mal hombre? ¿No tienes fe en mí como alcalde? Díselo a tus amigos.

»Y tú también, Luigi Magni, que ya tienes edad para votar. ¿No te he perseguido cien veces por las calles? Yo tenía que velar por la seguridad de la tienda de Noah y el café de Jack.

»Yo no vengo de la Luna. Soy de aquí, conozco y quiero a esta ciudad y a muchos de sus habitantes. Vosotros me conocéis a mí y sabéis que hace falta un alcalde que sea amigo de todos. Aquí hay mucho bueno y algo malo. Lucharemos siempre contra lo malo.

»Eso es lo único que prometo. Seguiré haciendo lo mismo que he

hecho siempre: luchar por vosotros, por esta ciudad llena de problemas, pero llena de vida también.

»¿Esperáis que ayude a los que me apoyan en esta campaña? ¿Esperáis que vuestra elección sirva para que yo favorezca a unos y perjudique a otros?

»Quitáoslo de la cabeza. El que está conmigo es porque lo siente. Como hacen los coches-patrulla que estáis viendo. Por contravenir las ordenanzas, todos esos agentes serán arrestados. Y es justo. Los coches oficiales no son para apoyar a un candidato. Lo siento, Smithy; así pienso, y tú lo sabes. Y tú también, Johnny Trump. ¿Pondrías mi foto, si fuese tuyo? ¿Lo haces de corazón? Bien, cuando Billy me hace una travesura, le riño, pero no le pego. Yo no soy un hombre de los que castigan. Ejecuto la ley, pero no la impongo.

»En nuestro país hay que hacer mucho todavía. Yo solo no puedo hacerlo todo. Vosotros, los que votéis por mí, sabed que os pediré que me ayudéis a que la ciudad sea mejor. Os lo exigiré. Y no seréis recompensados más que en la satisfacción del deber cumplido.

»Sin embargo, me siento orgulloso de cuanto estáis haciendo por mí. Y mientras cuente con vuestro apoyo, no cesaré en mi empeño por mejorar todo lo que pueda mejorarse.

»Esto sí que es una promesa firme. Yo seré el primero en ponerme al trabajo y el último en retirarme. Eso hice en la guerra. En mi compañía todos éramos amigos, porque afrontábamos juntos la muerte. Mis hombres me querían. ¿Te acuerdas, Dash? Sé que me estás oyendo. No te perderías esto por nada del mundo. Tu teniente es candidato a alcalde. Sí, Dash; sé que tengo tu voto. Serás el primero en ir a depositarlo. Te pelearás porque nadie te gane la partida. Pero, ¡cuidado! Tony Holmes hará lo mismo.

»Esos son los votos que yo quiero… ¡Los votos de los que están conmigo; los que luchan y lucharán conmigo! Si no es así, votad por Alan Harwey. Él es tan bueno como yo. Mejor político, creo, con más experiencia.

»Mas Harwey lo sabe. No me gana en corazón, ni en humanidad, ni en sinceridad. Yo soy como cualquiera de vosotros. Un hombre que viene y os pide que le votéis para alcalde. Luego, terminadas las elecciones, exigidme lo que sea. Ahí están los periódicos, los buzones, la palabra. Decidme: «Rank, ¿qué hacemos con nuestras viejas escuelas? » Y yo os diré: «Cambiadlas por otras nuevas y mejores. » Y estaré entre los padres que edifican escuelas para sus hijos.

»¿Que hay problemas en los barrios? Ya lo sé. ¿Quién no tiene problemas en su casa? Hoy me decía Myrna que los niños necesitan un baño para ellos solos. «Después, querida; cuando termine todo esto», le dije yo. Confieso que me resulta imposible saber dónde está la empresa que me arreglará el baño, pendiente como estoy de estas elecciones. ¡Ah, es abrumador; no os podéis hacer una idea!

En todos los lugares de Nueva York, en todo el país donde se escuchaba a Sidney Rank y se le veía hablar, como un buen hombre habla con sus amigos, todos sintieron una gran simpatía por aquel Candidato que decía las cosas de modo distinto a como hablaban los políticos.

— ¡Ése es el capitán Rank! —gritó alguien, en el bar de la calle 42 —. Miradle bien. Un hombre de pies a cabeza, sin engaños…

— Así es y así lo dice… ¡Viva Sidney Rank!

El hombre que así hablaba había cumplido varias condenas en la cárcel, y dos veces fue arrestado por Rank. Pero no le guardaba rencor.

— ¿Te «enchiqueró», Burns? —preguntó alguien.

— Si no hubiese policías, yo no sería ladrón —contestó aquel individuo.

— ¿Qué serías, Burns?

— Alcalde de Nueva York, para dejar el puesto a un hombre como Rank. ¡Rank, Rank, Rank, y nadie más!

— ¡Hurra!

— ¿Cuánto te han dado por decir eso? —preguntó otro.

— Lo siento, «Rata». He enviado todo lo que tenía a la oficina de propaganda de Sidney Rank. Luego, cuando sea alcalde, iré a que me lo devuelva… ¡Jo, jo, jo!

* * *

En medio de los focos de luz, de miles de destellos, de gritos, del paroxismo más delirante, cámaras de T. V., megáfonos, aullidos, imprecaciones y órdenes, un hombre de faz radiante trató de incrustarse en la muralla humana que rodeaba la popular y mundialmente famosa figura de un Sidney Rank, dieciséis años más viejo que cuando era teniente de policía en Nueva York.

El tiempo no había pasado en vano. Después de su inolvidable elección, en 1981, para alcalde de la ciudad de los rascacielos, la lucha había continuado, día a día, noche tras noche.

Las huellas se revelaban ahora: fatiga, sufrimiento, desengaños, decepciones… ¡pero no cansancio! Sidney Rank tenía un deber sagrado que cumplir. No desfalleció jamás en su puesto. No tuvo ni un instante de debilidad.

Y ahora, al fin, con todo el pueblo norteamericano rendido y fiel, se alzaba con la victoria en las elecciones para Presidente.

Ganó sin oposición. Las computadoras electrónicas colocadas en el vestíbulo del hotel California, recibiendo y clasificando datos, daban continuamente resultados provisionales del triunfo de Sidney Rank por abrumadora mayoría.

Por su rival, David Bruce Duncan, sólo votaba un uno o un dos por ciento.

Todo aquello lo sabía el hombre de la faz radiante que pugnaba por llegar hasta el estrado donde un Sidney Rank, demacrado, agitaba los brazos, saludando a miles de fotógrafos de prensa.

De pronto, la sonrisa se borró en los labios del hombre que pretendía abrirse paso entre los demás.

— ¡Dejadme pasar, por el amor de Dios!

— ¡No empuje, estúpi…! —El periodista que gritó esto, se interrumpió al ver la mortal palidez que ahora cubría el semblante del hombre—. ¿Qué le ocurre a usted?

— Me aho… me ahogo… ¡Avise a Sid!

Bill Smart bizqueó, abrió los ojos, y se desplomó entre la gente, que gritó. Pero muy pocos se dieron cuenta de la tragedia de un hombre que luchó tanto o más que nadie, para poder ver aquel momento glorioso.

Entre varios hombres, el agotado ex sargento Smart fue conducido a un puesto de asistencia médica, instalado al efecto. Allí, un joven médico le examinó y le inyectó, sacudiendo tristemente la cabeza, a la vez que decía:

— Este pobre infeliz no verá a Rank como Presidente. Llévenlo al hospital.

Bill Smart no estaba muerto aún. Hizo un esfuerzo sobrehumano, se agarró al brazo del médico, mirándole de modo desgarrador, y suplicó:

— Por amor de Dios, que venga Sidney Rank.

— Lo siento. Eso no puede ser.

— ¡Díganle que soy Bill! ¡Dígaselo a alguien! ¡Que cese este ruido infernal! ¡Bill Smart… he sido un padre para él…! ¡Quiero verle antes de… morir!

Sobre el estrado, en el vestíbulo del hotel California, Sidney

continuaba saludando a unos y otros, seguro ya del triunfo por abrumadora mayoría.

Recordó la primera elección ganada para alcalde de. Nueva York. Ahora iba a ser Presidente. Todos sus objetivos se habían cubierto. En Praxto podían sentirse satisfechos.

Y, de súbito, algo vibró en su mente. Se quedó quieto, como escuchando en medio del griterío. Y todos le vieron saltar hacia la escalera del estrado, empujando a diestro y siniestro.

Myrna se levantó de su asiento y gritó:

— ¿Qué ocurre, Sid?

Él no contestó. Empujó con toda su alma, abriéndose paso, como si los hombres que le rodeaban fueran una vida llena de obstáculos, hasta lograr romper el cerco y correr hacia el puesto de socorro.

Llegó en el momento en que dos hombres sacaban a Bill Smart en una camilla.

— ¡Bill! —gritó.

El moribundo le reconoció y extendió la mano hacia él. Los otros se detuvieron y se hizo un ominoso silencio ante el crudo dramatismo de la escena.

Incluso el joven médico palideció ante lo increíble. El nuevo Presidente de los Estados Unidos acudía, en el momento de mayor euforia electoral junto a su viejo amigo.

— Bill, ¿qué te ocurre?

— Quería verte… He venido a despedirme… Temí no poder hacerlo. Mi vieja carcasa ya no sirve… ¡Ah, Sid; pero me voy feliz! ¡Soy el moribundo más feliz de la Tierra!

Sidney Rank abrazó a su antiguo amigo.

A su alrededor, los fotógrafos disparaban sus cámaras. Nadie quería perderse aquel momento emotivo.

— Bill, fiel y entrañable viejo sabueso —murmuró Sidney al oído de su antiguo compañero—. ¿Por qué?

Bill Smart murió con una sonrisa en los labios.

Sidney Rank vio cómo se lo llevaban, esforzándose por contener las lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos. No podía oír nada. El mensaje de Salkon, el más humano de todos, fue el único que le advirtió a tiempo.

« —Tu amigo Smart está agonizando cerca de ti, Sidney. Quiere verte— le había dicho Salkon, desde cualquier parte del tiempo y del espacio. »

¡Cuánta humanidad había en aquellas palabras que ninguna máquina se encargó de transmitir! Fue un cerebro a otro. Un corazón a otro corazón.

Sidney volvió despacio al estrado. La gente le abrió paso con respeto. La noticia se había extendido rápidamente de boca en boca.

— Bill Smart, un viejo amigo del presidente electo, ha muerto al querer estar junto a él.

Myrna y su hijo Billy también se acercaron a Sidney.

Él miró a su esposa e hijo y musitó:

—Bill ha muerto.

— Lo siento, Sid.

— No importa ya. Hemos de seguir adelante. Muchos más caerán… Pero nosotros tenemos que continuar —Sid se volvió hacia los periodistas, se esforzó en sonreír y añadió—: No ha sido nada, amigos… Uno puede dejarse el corazón hecho jirones a lo largo de la vida, pero debe continuar adelante porque… nos lo manda el deber.

Abrazado a su esposa e hijo, Sidney regresó a su puesto.

Las elecciones continuaban. La aplastante victoria era ya una realidad.

Sidney Rank poseía en aquellos momentos más del ochenta por ciento de los votos de la nación entera.

Y al fin, David Bruce Duncan le llamó para felicitarle. Le dijo:

— Te felicito, Sidney. El Regidor Supremo me ordenó perder las elecciones. Tú eras el elegido.

FIN